



Joaquín Calvo-Sotelo

El inocente

Comedia dramática en dos partes, dividida la primera en cinco cuadros, y la segunda, en ocho

A la dulce memoria de mi padre

PERSONAJES

ROSA.
MATILDE.
LAS MUCHACHAS DEL CORO.
DOMINICO LOREDO VALDERRAMA.
GREGORIO CODORNEL.
GINÉS FLAUTO.
TONY.
TESTIGO.
SECRETARIO.
POLICÍA.
UN ESPECTADOR.

Parte I

Cuadro I

Esta obra se estrenó en el Teatro Bellas Artes, de Madrid, regido por José Tamayo, la noche del 15 de octubre de 1968.

El espectador se encontrará al levantarse el telón el escenario oscuro y desnudo. Solamente la chácena y los costados estarán recubiertos por unas cortinas. La luz será el «deus ex machina» de la representación. Ella, en efecto, subrayará las vicisitudes de la acción, reavivará a unos personajes, olvidará a otros y cuidará, en suma, de crear la atmósfera en que se desenvuelven.

La historia de El inocente transcurre en nuestros días. Los términos derecha e izquierda van referidos al espectador y no al actor. El inocente comienza con la aparición del Coro. El lugar donde haya de situarse éste dependerá un tanto de las posibilidades del teatro mismo. Parece aconsejable la parte extrema izquierda de la corbata del escenario. El Coro aparecerá así como formando una entidad aparte de los actores, sirviendo de nexo entre éstos y el público. No hay que descartar la posibilidad de que se sitúe en la orquesta o en esa tierra de nadie que a veces existe entre el patio de butacas y el escenario. Cuantas más muchachas lo compongan será mejor, pero tres -nunca menos- deben bastar (cuatro fueron en la versión del estreno). Serán jóvenes y parecidas, semejantes de estatura, edad y color de pelo. Vestirán minifalda, trajes blancos con una leve reminiscencia helénica, y llevarán una cinta azul, ciñendo como una diadema sus cabellos, pero nada se opone a que vistan de manera menos precisa y alusiva. En todas sus intervenciones recitarán unánimes, escanciando los versos, subrayando sus acentos, cuidando escrupulosamente del ritmo y de la afinación. Coro llamaremos a esta juvenil y femenina colectividad, no ciertamente porque deba cantar salvo en algún momento, sino porque, de hecho, el papel que desempeña es muy semejante al que le estaba asignado en las antiguas tragedias griegas. Bueno es advertir que, aun que es preferible que reciten de memoria, nada se opone a que se sirvan de una a modo de partitura que las muchachas de los extremos deberán llevar en sus manos libres. De acuerdo con la versión del estreno, los versos del

Coro han sido repartidos entre las cuatro muchachas que lo formaban. Los números que preceden a cada verso corresponden a cada una de las muchachas, iguales prácticamente en importancia. Al final figuran unas ilustraciones musicales que pueden ser utilizadas en la representación y a las que se hará referencia, numerándolas por Bloques. En el caso de servirse de ellas, antes de levantarse el telón se oirán los primeros dieciocho compases del Bloque 1º, y a continuación la melodía sobre la que pueden ser cantados los siete primeros versos y que sigue en el mismo Bloque.

TODAS.-

Cantemos la pureza, la transparente y cálida pureza,
el angélico punto de partida del hombre en su camino,
la coca de su estirpe, la cinta que lo adorna y
ennoblece,
el perdido equipaje en las trochas y baches de la vida:
que al fin es la pureza orgullo y resplandor del
Universo.
Su oro genuino, su empavonada y mágica envoltura,
el ala que lo mueve por los anchos espacios siderales.

MUCHACHA 1ª.-

Cantemos la pureza, la abstracta y metafísica pureza,
pero también
cantemos la pureza dramática y precisa del héroe de esta
historia,

TODAS.-

un ser al que llamamos
Dominico. Loredo y Valderrama, por los cuatro costados
castellano,

MUCHACHA 1ª.-

residente en Madrid, con domicilio
desde hace muchos años en Leganitos, cien, octavo
izquierda,

MUCHACHA 2ª.-

pacífico vecino, subcampeón de banda en los billares,

MUCHACHA 3ª.-

abonado de siempre a un tendido en la Feria en sol y
sombra,

MUCHACHA 4ª.-

Conocido por Nico,

MUCHACHA 1ª,

2ª y

3ª.-

más bien brigada Nico -así le llaman
los jefes y oficiales,

MUCHACHA 4ª.-

los imberbes y asustados quintos
que llegan puntualmente, con la leche materna entre los
labios,
a servir a la Patria,

TODAS.-

el brigada Loredo

(Bloque 2º.)

Contempladle...

(Envuelto en un haz de luz cenital aparece DOMINICO en el centro de la escena. Viste uniforme de brigada del Cuerpo de Artillería. Es un hombre cuya edad roza el medio siglo, sin galanura, pero con un gran atractivo humano.)

TODAS.-

Este es quien goza y sufre, aquel del que narramos las
hazañas,
la amargura y los sueños. Mas si quisierais de verdad
entenderle
mejor, antes de nada, fuese tal vez hacerle unas
preguntas,

oírle atentamente y anotar cuidadosos sus respuestas...

TODAS.- ¿Edad?

DOMINICO.- Cuarenta y nueve años.

TODAS.- ¿Lugar de nacimiento?

DOMINICO.- Mencilla de Campos, provincia de Palencia.

MUCHACHA 4ª.- ¿Religión que profesas?

DOMINICO.- La católica.

MUCHACHA 3ª.- ¿Practicante?

DOMINICO.- Digamos... supernumerario.

MUCHACHA 2ª.- ¿Ama a Dios sobre todas las cosas?

DOMINICO.- Bueno...

MUCHACHA 1ª.- ¿Juras en vano? ¿Usas palabras gruesas?

DOMINICO.- Hablo mal, no lo niego.

MUCHACHA 2ª.- ¿Santificas las fiestas?

DOMINICO.- Sólo la de Santa Bárbara, Patrona del Arma de Artillería.

MUCHACHA 3ª.- ¿Honras a padre y madre?

DOMINICO.- Aún se me llenan los ojos de lágrimas cuando hablo de ellos.

MUCHACHA 4ª.- El quinto, no matar.

DOMINICO.- De acuerdo, salvo en guerra.

MUCHACHA 1ª.- ¿El sexto...?

(Silencio de DOMINICO.)

TODAS.- ¿Oíste, Dominico?

(Bloque 3º.)

(Nuevo silencio.)

¿El sexto...?

MUCHACHA 1ª.- ¿Eres soltero?, ¿casado?, ¿viudo?

DOMINICO.- Soltero.

MUCHACHA 3ª.- ¿Amantes, no?

DOMINICO.- No.

TODAS.- ¿Entonces...?

DOMINICO.- Algunos sábados, jardines, cincuenta y ocho.

MUCHACHA 4ª.- El séptimo, no hurtar.

DOMINICO.- Por nada del mundo, pase lo que pase.

MUCHACHA 3ª.- El octavo, no mentir...

DOMINICO.- Pase lo que pase, jamás.

MUCHACHA 2ª.- ¿Codicias los bienes ajenos? ¿Deseas la mujer de tu prójimo?

DOMINICO.- Algunas veces, es inevitable.

MUCHACHA 1ª.- ¿Ideas políticas?

DOMINICO.- Las generales de la ley.

MUCHACHA 4ª.- ¿Profesión? ¿Profesión?

DOMINICO.- Ya lo veis. Brigada de Artillería.

TODAS.- ¿En activo?

DOMINICO.- (Con manifiesta pesadumbre.) En situación de disponible voluntario.

MUCHACHA 4ª.- ¿Aficiones dominantes?

DOMINICO.- El billar, los toros, las películas de guerra, y si no hay, las del oeste, la zarzuela y los seriales de radio con hijos abandonados, con esposos sin entrañas y, al final, bodas entre marqueses.

MUCHACHA 2ª.- ¿Lecturas preferidas?

DOMINICO.- Los Blanco y Negro antiguos.

MUCHACHA 3ª.- ¿Parientes?

DOMINICO.- Sólo una sobrina, Alicia Loredo Estébanez,

(Coro.)

TODAS.-

En un crítico instante de su vida tranquila y esforzada,
el Brigada Loredo, sin saber lo que hacer, desorientado,
trata de hallar mirando al Norte, al Sur, al Este y al
Oeste.

(DOMINICO gira a los cuatro puntos cardinales.)

Alguien que necesite un hombre honesto y sano, a su
medida.

MUCHACHA 1ª.-

Un hombre de Mencilla, de la Tierra de Campos,
palentino,
y que le diga al verle: Señor mío, esperándole estamos.

TODAS.-

Oh, cielos, un ministro...

MUCHACHA 2ª.-

El brigada Loredo desearía -es al fin español-

MUCHACHA 1ª,

3ª y

4ª.-

llegar hasta un ministro omnipotente

MUCHACHA 4ª.-

-ellos prodigan dones, sinecuras y cargos milagrosos-

MUCHACHA 2ª.-

y que le colocaran allí donde existiese una vacante...

TODAS.-

Justo en el mismo día, en que damos comienzo a este relato,

ese sueño obsesiona al brigada Loredó, nuestro amigo.

(El BRIGADA desaparece.)

(Bloque 4º.)

Cuadro II

Ahora nos encontramos en las oficinas de la Sociedad Anónima de Productos Plásticos y Sintéticos (SAPPLIS). En el primer término izquierda, el despacho del director con una mesa adosada a la lateral izquierda, paralela al espectador, y un par de sillones frente a ella. Sobre la mesa, papeles, carpetas y un teléfono. Hay algunas copas de champán y una bandeja en la que quedan pasteles y emparedados. El despacho se comunica por medio de una puerta con el personal de su secretaría. Hay un par de mesas, una en línea con la del director; otra, frente al público, formando ángulo recto con ella, un archivador, una máquina de escribir, un teléfono y un perchero de brazos. Al comenzar la acción es de día.

DON GREGORIO CODORNEL está sentado en su mesa de trabajo. Es un hombre vestido con elegancia, grueso a ser posible, sanguíneo, un poco histriónico, basto, congestivo, sensual, bienquisto por la vida, entre los cincuenta y los sesenta años, sibaríticamente perfumado, peinadoísimo. El rige los destinos de la Sapplis. Por encima de él, de hecho, no hay nadie. Unos cuantos consejeros le alivian, de un modo teórico, de la responsabilidad total de sus decisiones, pero es la suya la voz que ordena y manda. MATILDE es la secretaria de DON GREGORIO. Juventud, belleza y simpatía no podrán faltarle bajo ningún pretexto. MATILDE llega por la derecha, cruza la escena y entra en el despacho de su jefe.

MATILDE.- Muy bien... Estuviste estupendo.

GREGORIO.- De usted, de usted... Aún no son las siete.

MATILDE.- Don Gregorio: estuvo usted estupendo. Su discurso ha sido una maravilla. Si yo fuese don Teodoro Puelles, me sentiría más contento por él que por la Medalla de Bronce de la Sapplis.

GREGORIO.- Adúleme, pero sin pasarse.

MATILDE.- ¡Qué adulación ni qué ocho cuartos! La verdad pura, don Gregorio.

GREGORIO.- Una preocupación tengo. Al final, después de imponerle la medalla, le besé. ¿Usted cree que hice bien? En Francia se besan por cualquier motivo. Los generales, por ejemplo, que no son sospechosos, se besan como locos cada vez que imponen la Legión de Honor. Pero el celtiberismo de nuestros compatriotas mira con reservas esas demostraciones de afecto. Sin embargo, yo me dejé llevar de la inspiración y... zas, zas, le aticé un par de besos.

MATILDE.- ¡Qué admirable es usted, don Gregorio! No regatea esfuerzo para conseguir la felicidad de los demás.

GREGORIO.- Hay que tener sentido social. Es mi lema. En fin, aún quedará champán suficiente para que bebamos por la salud de don Teodoro, que era un pelmazo de a folio, ahora que no nos oye nadie, por la Sociedad Anónima de Productos Plásticos Industriales y Sintéticos y por la nuestra. La mía, en particular, está muy necesitada de brindis.

MATILDE.- ¿Sigue con sus aprensiones?

GREGORIO.- Tómeme el pulso.

MATILDE.- (Sonríe.) Lo encuentro agitado.

GREGORIO.- (Sigue el mismo juego.) Es por galantería... Pero si lo observase algún tiempo vería que, de pronto, se interrumpe. Los médicos llaman a esas interrupciones extrasístoles y juran por sus muertos, que son muchos, que no tienen importancia. Grave despiste. (Abandona el tono levemente elegiaco en qué se había expresado y lo cambia por otro optimista y regocijado.) En fin... Bebamos. Por la mejor secretaria.

MATILDE.- Y por el mejor jefe.

(Se limitan a chocar las copas. MATILDE le acaricia la barbilla con

la palma de la mano.)

GREGORIO.- (Le enseña el reloj.) Ojo. Respete el horario. Faltan quince minutos para las siete. ¿Vio el correo de la tarde?

MATILDE.- Nada de interés. Sólo una carta del ministro de Abastecimientos.

GREGORIO.- ¿Del señor Olcariz?

MATILDE.- Del mismo.

GREGORIO.- ¿Y qué quiere?

MATILDE.- Recomienda a un tal... (Busca la carta en un montón de ellas que hay sobre la mesa de DON GREGORIO.) Dominico Loredó.

GREGORIO.- Ya se corrió la voz del cese de don Teodoro.

MATILDE.- No le extrañe.

GREGORIO.- Cierto. Allí donde hay una plaza libre, se enciende una lucecita misteriosa. Y todos los desheredados de la ciudad la ven.

(Transición.) ¿Qué dice el ministro del señor Loredó?

MATILDE.- Que sabe contabilidad, que es trabajador, competente y de una honradez acrisolada.

GREGORIO.- Odio la honradez cuando es acrisolada. No puedo remediarlo.

MATILDE.- ¿Y eso por qué, don Gregorio?

GREGORIO.- La excesiva honradez, como el excesivo talento, tienen un algo de retador, de impertinente. Acrisolada... por si fuera poco, la palabrita es cursi. No me inspira simpatía la candidatura de don Dominico. Y, sin embargo...

MATILDE.- ¿Qué?

GREGORIO.- ...si el interés del ministro fuese verdadero y no formulario, si apoyase realmente a ese tal Dominico, yo le emplearía donde fuese. ¿Y sabe por qué? (Sin esperar respuesta.) Porque para mí, un ministro es un semidiós. Hay ministros fracasados, pero no hay hombres fracasados si llegaron a ministros. Yo, siempre que pronuncio el nombre de uno de ellos, si estoy sentado, me incorporo; si cubierto, me descubro. Hablo de los ministros con la misma reverencia que un benedictino de la Santísima Trinidad. Además, el concurso para la confección de un millón de mantas con destino a las viviendas económicas, está a punto de convocarse y justo en el Ministerio de Abastecimientos. Crearnos buen ambiente nos ayudaría mucho.

MATILDE.- Será una carta de trámite.

GREGORIO.- Conforme. Pero si no lo fuese y si el señor ministro, por ejemplo, me llamase al teléfono... Yo daría a Dominico una plaza de auxiliar contable.

(Suena el teléfono. MATILDE lo descuelga.)

MATILDE.- Aquí, la Sapplis. ¿Quién es? Ah, muy bien. Sí, ahora se pone el señor Codornel. (Sorprendidísima de la coincidencia.) Don Bruno Olcariz, ministro de Abastecimientos.

GREGORIO.- (Coge el auricular.) ¿Señor ministro? (Transición.)

Sí, espero. (Pausa.) ¿Señor ministro? (Transición.) ¡Ah, espero!
(Nueva pausa. Con brillantez. Cada vez en un tono más agudo que el anterior.) ¿Señor ministro? (Transición.) ¡Ah! Bien. Bien.
Espero. (Entre dientes.) ¿De dónde demonios vendrá el señor ministro? (Transición.) Dígame. Sí, soy Gregorio Codornel. ¿Que ahora se pone el señor ministro? Encantado... (A MATILDE.) Parece que el ministro está al caer. (Transición. Última pausa.) ¿Señor ministro? Mucho gusto en saludarle, señor ministro. Dígame, dígame. Será para mí un placer servirle. Ya. Sí, en efecto: por su carta, que tanto nos honra, tengo noticias de que ese señor aspira a una plaza en la contabilidad. Dominico Loredo. Sí, sé que es una persona de una honradez acrisolada. Pues... puede usted imaginarse cómo será recibida su visita. ¡Ah!, es brigada de Artillería..., pero libre mañana y tarde. (A una observación del ministro.) Sí, eso es muy interesante. Sus deseos son órdenes, señor ministro. Y muchas gracias por el honor de su llamada. Buenas tardes. (Cuelga.) ¿Qué le parece a usted, Matilde, el padrino que le ha salido al señor Loredo, don Dominico? Un simple brigada de Artillería..., y nada menos que todo un ministro que me telefona para recomendarle personalmente. ¿Por qué le protegerá con tanto empeño?

(Un ORDENANZA llama a la puerta, que abre MATILDE, a la que le tiende una tarjeta.)

MATILDE.- Dominico Loredo y Valderrama está en la sala de visitas.
GREGORIO.- Hágale entrar. Militarito tenemos.

(MATILDE sale tras el ORDENANZA y regresa en seguida, precediendo a DOMINICO LOREDO, al que introduce en el despacho del señor CODORNEL. Se oye, lejanamente, una corneta cuartelera. DOMINICO viste ahora un traje oscuro con esa tradicional desgana de los militares cuando se despojan de su uniforme. Lleva gruesa corbata de nudo ceñida a un cuello desabotonado, zapatos negros, pantalones con la raya medio perdida, cinturón y reloj sujeto por una correílla al ojal de la solapa. MATILDE se instala en la primera mesa; en donde se dedica a cerrar unos sobres con una esponja y a clasificar unas cartas en el archivador, y después a leer una novela. DOMINICO sonrío casi siempre, sonrío si no tiene otra cosa mejor que hacer, que no la suele tener por lo regular. Dios le dotó de una instantánea simpatía y le hizo espontáneo, veraz y efusivo. Es además, ¿por qué no decirlo?, inocente.)

DOMINICO.- ¿Da vucencia su permiso?

(Se cuadra como si vistiese uniforme y estuviese ante el capitán general.)

GREGORIO.- Pase, pase.

DOMINICO.- Se presenta Dominico Loredó y Valderrama.

(Le entrega la cartilla militar en la que acredita su personalidad.)

GREGORIO.- (La examina. La deja sobre la mesa.) Encantado de conocerle. Acaba de hablarme de usted el señor ministro de Abastecimientos.

DOMINICO.- ¡Eso es un ministro! ¿Y sabe por qué se interesa por mí?

GREGORIO.- Sinceramente, no.

DOMINICO.- Mi sobrina Alicia Loredó me prometió que le hablaría. Ella trabaja en la Dirección General de Industrias Textiles. Y el señor ministro le ha hecho caso.

GREGORIO.- El señor ministro es respetado y admiradísimo en la Sapplis. Bien, señor Loredó: ¿cuáles son sus conocimientos?

DOMINICO.- Poca cosa, señor Codornel.

GREGORIO.- Por de pronto, me parece usted una persona de gran modestia y ésa es ya una condición muy digna de aprecio.

DOMINICO.- Piso fuerte en ortografía...

GREGORIO.- (Como si le dijese que estudió en Oxford.) ¡Caramba!

DOMINICO.- ...y tengo ciertas nociones de contabilidad.

GREGORIO.- Eso es decisivo.

DOMINICO.- Dotes de mando, ¿por qué negarlo? no me faltan.

GREGORIO.- Eso es ya casi demasiado, señor Loredó.

DOMINICO.- En el cuartel no había batería que funcionase mejor que la segunda. Desde el sargento al último recluta, todos andaban más derechos que un huso. Igual sería aquí, si fuese necesario.

GREGORIO.- ¿Y dejó la milicia?

DOMINICO.- (Un poco evasivo.) Por el momento...

GREGORIO.- Bien. Trae usted un padrino al que es imposible no complacerle. Desde el viernes quedará incorporado a la Sapplis.

DOMINICO.- ¡Qué maravilla!... Si es que no doy crédito a lo que oigo. Así, pues...

GREGORIO.- En lo que concierne al sueldo, el señor Avendaño le informará con detalle.

DOMINICO.- Le ruego a vucencia que no me hable de eso.

GREGORIO.- Hay que hablar de todo. ¡Ah! Y no me llame vucencia...

DOMINICO.- ¿Cómo entonces?

GREGORIO.- Señor Codornel o don Gregorio, a su elección.

DOMINICO.- Ah, muy bien.

GREGORIO.- (Se levanta. Le alarga la mano.) ¿Algo más?

DOMINICO.- No, no..., ¿qué más; después de lo que me ha dicho?

GREGORIO.- Hasta el viernes, señor Loredó.

DOMINICO.- Hasta el viernes. Y a las órdenes de vucencia. (Se corrige.) Dispéñeme, es la costumbre.

GREGORIO.- (Benévolo.) Está disculpado.

(DOMINICO, alegre como unas pascuas, sale frotándose las manos. No ve a MATILDE y hace una cabriola. MATILDE entra en el despacho de DON GREGORIO.)

MATILDE.- ¿A don Dominico le ha tocado la lotería?

GREGORIO.- Me parece que es un hombre capaz de confundir el premio gordo con la aproximación.

MATILDE.- Posiblemente.

GREGORIO.- En todo caso, mientras le dure la alegría, es un hombre dichoso. A mí me gusta hacer dichosos a quienes me rodean, Matilde.

¿Le cuesta trabajo creerme?

MATILDE.- De ninguna manera.

GREGORIO.- Por de pronto, ¿consigo que usted lo sea, al menos a partir de las siete de la tarde?

MATILDE.- Y aún antes.

(Suenan las siete en un reloj invisible.)

GREGORIO.- Están dando justo en este momento.

MATILDE.- Es verdad.

GREGORIO.- Se acabó el trabajo. Las siete. Las luces de las oficinas se apagan. Se encienden misteriosamente las de los pisos de soltero. ¿Está clara la cosa?

MATILDE.- Por cierto, bonito, ¿traes la llave? Porque yo olvidé la mía.

(GREGORIO se la enseña.)

GREGORIO.- Abre las puertas del paraíso.

MATILDE.- Por lo menos, las de tu harén.

(Se besan. DOMINICO, con manifiesta inoportunidad, reaparece y los sorprende.)

DOMINICO.- Le pido que me disculpe. Me había olvidado la cartilla.

(La recoge y, visiblemente azorado, hace mutis, no sin antes tropezar con la jamba de la puerta.)

GREGORIO.- Vaya..., un secreto tan bien guardado...

MATILDE.- ¿Te molesta que lo sepa?

GREGORIO.- La disciplina, Matildita.

MATILDE.- ¿A quién puede sorprender el amor entre la secretaria y el jefe?

GREGORIO.- Ciertamente, Matildita. A nadie. Tanto si es paisano como si

es militar.

(Van a besarse, pero antes, previsoramente, MATILDE cierra la puerta. Sólo entonces, seguros de que nadie podrá interrumpirles, se besan de nuevo.)

MATILDE.- Te tendré puesto un disco de Raphael cuando llegues.

(Oscuro.)

(Coro.)

TODAS.-

Aquí tenéis, por fin, a Dominico
de oficial de segunda de la Sapplis.
Catorce sueldos sobre doce meses
cobra el buen hombre religiosamente.
De veinte días de descanso al año
disfruta y, además, semana inglesa.
Ah, sí, semana inglesa. Por las tardes
los viernes se echa el cierre y a la calle.
Hasta que el triste lunes amanece,
no hay balances, ni números, ni máquinas,
sino cines, meriendas y la tele.

MUCHACHA 4ª.-

¡Oh!, yes, semana inglesa, invención cumbre

TODAS.-

de un imperio inmortal quizá por eso.
Aun cuando sus navíos los devoren
el orín y las algas, y en la India
extinto esté su sol para in aeternum.
Aunque en Adén le achaguen a cantazos
y en Hong Kong asedien sus cuarteles
y en Gibraltar les pongan:

MUCHACHA 2ª.-

Se traspasa,

TODAS.-

en el mismo trasero de los monos,
¿qué gloria mayor cabe que el invento
de que el domingo tiene dobles horas
que los restantes días
y que el hombre precisa de descanso
mucho más que el Creador, aun siendo menos,

MUCHACHA 1ª.-

-ah, sí, bastante menos-

MUCHACHA 2ª,

3ª y

4ª.-

lo que hizo?

(Bloque 5º.)

TODAS.-

Oh, tú, nación gigante, paridora
de una semana que tu nombre lleva:
tú no puedes morir, vivirás siempre,
y en honor de esa mágica semana
de cinco fechas sólo
todos agradecidos cantaremos...
Rule Britannia, tititirititi...

(El Coro hace mutis tarareando, en tiempo de baile, el tema de Rule Britannia.)

(Bloque 6º.)

OSCURO

Cuadro III

Al hacerse la luz, el decorado es el mismo de la primera escena.

En la mesa del antedespacho de DON GREGORIO está DOMINICO, sacando punta a un lápiz. ROSA, mujer de la limpieza, entren de rodillas y reculando por la derecha. Se sirve de un cubo y de una bayeta con la que friega el suelo. Lleva unas medias que dejan ver la desnudez y morbidez de las corvas. En un principio, DOMINICO parece enfrascado en su labor. Pronto se nota que la rotación, armonía y pomposidad de las nalgas de ROSA, que un foco subraya, empiezan a perturbarle. Ya que puede hacerlo impunemente, puesto que nadie lo ve, clava su mirada en aquella ROSA oscilante y tentadora y abandona lentamente el lápiz y el sacapuntas. Este fenómeno de fascinación, de hipnotismo casi, le lleva en un momento dado a levantarse, a poner los codos sobre la mesa y a ensimismarse en ese móvil paisaje. En un momento dado, ROSA gira para rematar su tarea al pie mismo de la mesa y se encuentra, sorprendido in fraganti, con DOMINICO. Este disimula como puede y se decide a continuar de nuevo con su tarea de sacar punta al lápiz.

ROSA.- Llevo quince años en la limpieza, y es usted el primer empleado de la Sapplis al que veo la cara.

DOMINICO.- ¿Quiere usted decir que los demás no cumplen con su deber?

ROSA.- A mí no me meta en líos. Yo lo único que le digo es que usted es el primero que veo. ¿Desde cuánto está en la Sapplis?

DOMINICO.- Mañana hará dos meses.

ROSA.- Claro, los que yo he estado en el turno de la tarde. Usted, ¿qué hacía antes?

DOMINICO.- Era artillero.

ROSA.- ¿Comandante? ¿Coronel?

DOMINICO.- Brigada. A mí, como quien dice, me salieron los dientes con los artilleros. Mi padre fue brigada también.

ROSA.- ¿Cuándo les van ustedes a quitar el ruido a los cañones?

DOMINICO.- Qué cosas tan raras se le ocurren. Nunca se les podrá quitar el ruido, y, aunque se pudiera, no se haría jamás. Es precioso... ¿Usted oyó alguna vez tirar en batería? Pum, pum, pum,

pum... Y si las cosas andan un poco comprometidas... (Simula de nuevo las explosiones, pero mucho más próximas entre sí.) Quítele usted a la artillería el ruido y le habrá quitado la gracia. Yo comprendo que a los paisanos les moleste, pero a los que somos artilleros por vocación nos enajena.

ROSA.- Y los números, ¿qué tienen que ver con los cañones?

DOMINICO.- ¿Es que cree usted que se puede hacer blanco sin saber de números? La cosa no es tan sencilla como parece. Hay que calcular mucho antes de decir ¡Fuego!

ROSA.- Ya. (Transición.) ¿Cuándo disparan ustedes, los domingos?

DOMINICO.- ¿Cómo los domingos? Disparamos cuando hay guerra. Mi padre, en la nuestra, se hinchó.

ROSA.- ¿En qué lado anduvo?

DOMINICO.- En los dos. Primero con los rojos, hasta que le cogieron, y después con los nacionales. Pero con la artillería siempre. Cómo le envidio. ¡Qué panzadas se dio, mientras yo me pudría en la Modelo!

ROSA.- Si ésos son sus gustos, debe de llevar una temporada bastante aburrída.

DOMINICO.- Un poco me desquitaba en las maniobras.

ROSA.- ¿Y cuándo son? ¿Por Navidades?

(DOMINICO pone un gesto de extrañeza.)

DOMINICO.- Se hacen pocas. Cuestan caras.

ROSA.- ¿Qué vale un disparo? ¿Cuarenta duros?

DOMINICO.- Sí, sí... Y cuatrocientos cuarenta también.

ROSA.- Así está la vida de imposible.

DOMINICO.- Un bombardeo sale por un riñón. Eso, sin contar los desperfectos.

ROSA.- ¿Cuáles?

DOMINICO.- Los que se causan al enemigo. Total, que nos hemos vuelto ahorrativos. Venga a gastar en pantanos y en repoblación forestal, y a la artillería que la parta un rayo. (Transición.) En fin, me encanta hablar de estas cosas, pero, con su permiso, voy a comprobar unas facturas.

ROSA.- Hágalo, hágalo. Y a ver si consigue que me suban el sueldo.

DOMINICO.- ¿Cuánto gana usted?

ROSA.- Pues yo, menos de lo que cuesta un disparo de cañón..

DOMINICO.- O sea que le dan...

ROSA.- Mil quinientas, por cuatro horitas de hacer la tortuga.

DOMINICO.- No se puede tolerar que le paguen tan poco. Hay que impedirlo.

ROSA.- ¿De qué manera?

DOMINICO.- Hablando a quien tiene en su mano la solución.

ROSA.- ¿Y cree usted que le harán caso?

DOMINICO.- Es casi seguro que no sepa cuál es su sueldo. ¿Está usted casada?

ROSA.- No fuera malo. Viuda y con un hijo de ocho años medio tonto.

DOMINICO.- ¿Y no cuenta con más ingresos que los de la Sapphis?

ROSA.- También limpio el Cine Miami. Chapuzas.

DOMINICO.- Hay que arreglarlo, señora; hay que arreglarlo.

ROSA.- (Se le queda mirando, sonriente, aprobatoria.) Si lo consigue, premio, como en las verbenas.

DOMINICO.- (Sincerándose.) Las injusticias, las tacañerías, me ponen enfermo, se lo confieso. Contra los responsables de esas pobreterías, yo es que... sacaría el ejército a la calle.

ROSA.- Hombre, esto de las mujeres de la limpieza, no creo que haya que arreglarlo a cañonazos.

DOMINICO.- De una o de otra manera, yo se lo arreglaré.

ROSA.- Pues que Dios se lo pague, buen mozo.

DOMINICO.- (Sorprendido por el piropo, visiblemente halagado.) ¿Cómo dice?

ROSA.- Que Dios se lo pague, buen mozo.

(DOMINICO se queda un instante perplejo, se enmienda la corbata y vuelve a entregarse a sus tareas. Ahora; de nuevo, las nalgas de ROSA, bamboleantes como un péndulo, vuelven a quitarle la serenidad.)

DOMINICO.- (Pide socorro.) ¿Le importaría... colocarse de otra manera para trabajar?

(Bloque 7°.)

ROSA.- (Se vuelve hacia él.) ¿Y cómo quiere que me coloque?

DOMINICO.- Pues... no sé. Si pusiese la cureña un poquito más baja...

ROSA.- ¿La cureña...?

(Coro.)

TODAS.-

¡Oh, atracción de los sexos! ¡Oh, genio de la especie!

¡Oh, pájaro de oro! ¡Oh, fuego indomitable!

(Bloque 8°. Canto.)

Multicolor bandera, trompeta silenciosa...,

¿a qué extrañas llamadas obedece tu instinto?

MUCHACHA 1ª.-

Ya la nariz alada,

MUCHACHA 3ª.-
ya el labio gordezuelo,

MUCHACHA 2ª.-
ya la corva insinuante,

MUCHACHA 4ª.-
ya la redonda nalga

TODAS.-
te despierta y domina, ¡oh; genio de la especie!
Ahora, en este instante, es presa tuya ese hombre.

MUCHACHA 4ª.-
Sacaba punta al lápiz,

TODAS.-
mas ya todo es distinto.
Su mirada se ha hecho de unas líneas esclava.
La corbata le aprieta hasta la angustia el cuello,
visiblemente traga a torrentes saliva.
Los ojos le traicionan el deseo. Y las manos.
Y mientras echa chispas, la popa de la amada
como una lancha oscila en las aguas del puerto.

(Y así es. En su lugar, cuando ya ROSA hizo mutis seguida por la luz de un proyector que valora y sublima sus líneas, entra MATILDE. MATILDE trae impermeable y paraguas, y no puede menos de expresar la sorpresa y, a la vez, la contrariedad que le produce encontrarse a DOMINICO, al que, sin embargo, saluda cortésmente.)

MATILDE.- Buenos días. ¡Qué madrugador es usted!
DOMINICO.- Puntual, lo que soy es puntual. Pero usted también lo es.

MATILDE.- Hay que dar ejemplo. (Mientras habla se despoja del impermeable, que cuelga en el perchero junto al paraguas.) Me duele la cabeza de tal manera...

DOMINICO.- Tome una aspirina.

MATILDE.- El caso es que no tengo ninguna.

DOMINICO.- No se preocupe, yo mismo iré a comprarla en la farmacia.

MATILDE.- Se lo agradecería muchísimo.

(MATILDE se dispone a abonársela.)

DOMINICO.- De ningún modo, señorita; eso es cosa mía.

(Y se va por la derecha. MATILDE se cerciora de que se fue y marca un número en el teléfono.)

MATILDE.- Oígame... Ah, ¿eres tú, Jaime? No te voy a hablar apenas. Fíjate que hay gente en la oficina. Sí, sí, no son pretextos. Un empleado nuevo, un plomo que está con el sarampión de la puntualidad. Me lo he quitado de encima por unos momentos... Escucha, Jaime, mi amor. Después de lo que pasó anoche, necesito verte hoy mismo por la mañana, sin falta.

(DOMINICO regresa un poco antes para coger el paraguas y la oye sin querer. Discretamente vuelve a marcharse, tratando de que su presencia pase inadvertida.)

Yo me las arreglaré para que me den permiso. Te quiero demasiado, Jaime mío. No te muevas de tu casa. Yo iré antes de las doce. No tardes en abrirme. Siempre tengo miedo de que te hayas ido y sufro mucho. Sí, sí, sueño con abrazarte. Jaime mío..., un beso..., cien besos..., mil.

(Se los envía a través del auricular, cuelga y se queda unos segundos como embebida en sus recuerdos. ROSA se ha compuesto para salir a la calle. Lleva un abrigo y un capacho.)

ROSA.- ¿Me dispensa si le hago una pregunta?

MATILDE.- Diga, diga.

ROSA.- El señor de esa mesa, ¿manda mucho en la Sappis?

MATILDE.- En el cuartel no sé lo que habrá mandado y supongo que muy poco, porque no pasó de brigada, pero aquí aún manda menos. ¿Por qué lo pregunta?

ROSA.- No, por curiosidad. (Para sí misma.) Mi gozo en un pozo.

(Y se va por la derecha. Simultáneamente, DON GREGORIO entra por la izquierda a su despacho. Lleva una cartera con unos papeles que saca

y dispone sobre la mesa. Toca el timbre.)

MATILDE.- (En secretaria, no en amante.) Buenos días, don Gregorio.

GREGORIO.- Buenos días, señorita. Oígame: llame al dos millones seiscientos once mil cuatrocientos cuatro y que le digan al ayudante del doctor que venga a hacerme un electrocardiograma esta tarde.

MATILDE.- (Había entrado con un bloc de notas en el que apuntó el teléfono.) Siempre con su miedo, don Gregorio.

GREGORIO.- Señorita: el corazón de los hombres de negocios es más frágil vasija que el de los enamorados. El de Rockefeller trabajó más que el de Romeo.

(MATILDE regresa a su despacho, en donde se dispone a cumplir las órdenes recibidas. DOMINICO vuelve con la aspirina que entrega a MATILDE, que sale del despacho de DON GREGORIO.)

MATILDE.- Ah, muchas gracias.

DOMINICO.- ¿Llegó el jefe?

MATILDE.- Sí, Ahí lo tiene.

(Descuelga el teléfono para cumplir la orden de DON GREGORIO.)

DOMINICO.- Necesito verle. ¿Cree que puedo entrar?

MATILDE.- Por mí, no hay inconveniente. Allá usted...

(DOMINICO entra, sin dudar, en el despacho de DON GREGORIO.)

DOMINICO.- ¿Da usted su permiso, don Gregorio?

GREGORIO.- (Sorprendido.) Ah, dígame.

DOMINICO.- Quiero hablarle de algo que me juego esta mano que usted no lo sabe.

GREGORIO.- Veamos de qué se trata.

DOMINICO.- De las mujeres de la limpieza.

GREGORIO.- ¿Y qué les sucede a las mujeres de la limpieza?

DOMINICO.- (Simpáticamente escandalizado.) Claro, no lo sabe.

GREGORIO.- ¿Qué es lo que no sé?

DOMINICO.- Que ganan mil quinientas pesetas solamente.

GREGORIO.- (Entre dientes, sin que DOMINICO le oiga.) Con puntos...

DOMINICO.- Yo me decía a mí mismo: don Gregorio tiene demasiadas preocupaciones para estar al tanto de esas pequeñeces. En efecto, así será. Ahora, me juego las dos manos a que todo cambiará en un santiamén.

GREGORIO.- Explíquese...

DOMINICO.- Hay que subirles el sueldo, don Gregorio. (Ante una mirada de DON GREGORIO.) Fíjese: mil quinientas pesetas... ¿Para

qué da un jornal así?

GREGORIO.- No es tan poco, amigo. Mil quinientas, aquí. Pero nada se opone a que ganen otras mil quinientas allí y otras mil quinientas más allá. Y, sobre todo, son las bases del Sindicato. ¿Y quién es tan osado de enmendarle la plana al Sindicato?

DOMINICO.- Entonces..., ¿no hay manera de que se les suba el sueldo..., aunque sea poco?

GREGORIO.- Claro que no... Porque el problema no es de una sola persona, sino de muchas. Y todo está en relación, ¿comprende usted? Si se les sube a las mujeres de la limpieza, hay que subírselo a los ordenanzas y, en seguida, a las mecanógrafas, y así hasta a mí mismo. Y una elemental razón de delicadeza me impide subirme el sueldo.

DOMINICO.- Claro, claro... Lo que pasa es que con el de los demás se puede vivir, pero con el de ellas...

GREGORIO.- ¿Es que supone usted que sólo ganan lo que les damos en la Sapplis? ¡Qué horror! Nada de eso. De aquí se van a otras oficinas y a cines y a Bancos. Y redondean unos jornalitos muy apañados, mi querido amigo. Aparte de que no suelen ser solas a llevar dinero a su casa, sino que también el marido trabaja y sus hijos. Y tampoco se imagine que tienen nuestras necesidades, ni siquiera nuestro apetito...

DOMINICO.- (Incómodo.) Bien, bien...

(Va a hacer mutis. MATILDE sale por la derecha.)

GREGORIO.- Un momento... ¿Usted cree que a las mujeres de la limpieza les hacen falta abogados?

DOMINICO.- Pues...

GREGORIO.- No, señor Loredó; los tienen a montones,

DOMINICO.- ¿Sí?

GREGORIO.- Son abogados de las mujeres de la limpieza, por ejemplo, los editorialistas de los periódicos, los caricaturistas y los que sermonean en las parroquias, y hasta en ocasiones, si bien éstas sean más raras, los procuradores que representan a los Sindicatos.

DOMINICO.- (Candorosamente.) No sabía...

GREGORIO.- Sí, amigo, sí. Cuando más desprevenidos estamos, se publica un artículo o se escucha una soflama en defensa de las mujeres de la limpieza.

DOMINICO.- Yo nunca oí ninguna.

GREGORIO.- No sea corto de imaginación, señor Loredó. Hablo simbólicamente. Unas veces son los obreros de la construcción, otras los mineros, otras los que vanean la aceituna y, en ocasiones, las mujeres de la limpieza. Créame, los componentes de esas clases tienen buenos abogados. Y ellos mismos no son mancos. Saben lanzarse a la calle, encerrarse en sus agujeros en señal de protesta o poner bombitas de plástico, si es menester. Francotiradores, así como usted, no los necesitan, se lo aseguro.

DOMINICO.- Dispéñeme si yo...

GREGORIO.- (Magnánimo.) Dispensado.
DOMINICO.- (Reverencial.) A sus órdenes.

(Hace mutis. Apenas se ha retirado de su despacho, entra GINÉS FLAUTO. GINÉS FLAUTO es un hombre sonriente que usa gafas de plateada montura y corbata de lazo, y lleva en la mano una cañita de bambú. Es escurridizo, ágil y sin prejuicios, asesor de pequeñas astucias, sujeto hábil para conspiraciones y enredos, allanador de problemas y sabedor de trucos fiscales.)

GINÉS.- Desearía ser recibido por don Gregorio.
DOMINICO.- No sé si está.
GINÉS.- Yo sí. Haga el favor de anunciarle a don Ginés Flauto.
DOMINICO.- ¿Le espera a usted?
GINÉS.- Voy a responderle con mucha claridad: no, pero cuando sepa que estoy aquí, dará un bote en el asiento.
DOMINICO.- Probémoslo.

(Entra en el despacho de DON GREGORIO.)

GREGORIO.- (Un poco bruscamente, como si temiese que volviera a insistir en su petición anterior.) ¿Qué pasa?
DOMINICO.- Hay un señor que se llama... don Ginés Flauto y que quiere verle.
GREGORIO.- Hágalo entrar.
DOMINICO.- (Vuelve a su despacho.) Le recibirá, pero sin bote. (Ante un gesto de sorpresa de GINÉS.) Quiero decirle que no lo dio cuando le anuncié.
GINÉS.- Lo dio por dentro. Sólo que usted no pudo verlo.
DOMINICO.- ¿Ah! Si fue un bote interior...
GINÉS.- (Pasó ya al despacho de DON GREGORIO.) Don Gregorio...
GREGORIO.- Qué alegría saludarle... Siéntese... Cuando me dijeron que estaba, di un bote por dentro.
GINÉS.- ¿Sí?
GREGORIO.- De usted espero siempre informaciones sabrosas.
GINÉS.- Oído a ésta. El jueves, a más tardar, el Boletín anunciará el concurso del millón de mantas.
GREGORIO.- ¿Seguro?
GINÉS.- (Lee un papelito.) «Las mantas medirán un metro ochenta de largo por uno cincuenta de ancho, serán de producción nacional y deberán ser entregadas antes del primero de noviembre». ¿Otros detalles?
GREGORIO.- ¿Quiénes acudirán al concurso?
GINÉS.- La flor y nata del país. Saber en su momento los precios de los competidores sería decisivo..., ¿verdad?
GREGORIO.- Es evidente que rebajando los nuestros unos céntimos, se nos abrirán todas las puertas.
GINÉS.- Pero antes tendríamos que haber abierto todos los pliegos.
GREGORIO.- Exacto.

GINÉS.- Lo cual es difícil, si bien no imposible. (Transición.)
Le reitero una vez más que estoy a las órdenes de la Sapplis. Me siento orgulloso de trabajar para una empresa moderna, emprendedora, audaz..., en la que cuento con amigos excelentes...

GREGORIO.- Y que le ofrece a usted cuarenta mil duros en mano, tanto si abre los pliegos en cuestión como si se las arregla para leer a través de cuerpos opacos.

GINÉS.- Usted sabe mejor que nadie, don Gregorio, lo que deprime entrar en esos prosaicos detalles a quien, como yo, sólo se mueve por impulsos afectivos, pero debo decirle que toda oferta inferior a las trescientas mil pesetas me produce sonrojo.

GREGORIO.- Acabará matando la gallina de los huevos de oro.

GINÉS.- Las gallinas que vos matéis gozan de buena salud.

GREGORIO.- Bien. No reñiremos. Entre tanto, grabe en su memoria este nombre: Alicia Loredo Estébanez.

GINÉS.- ¿Quién es tan seductora criatura?

GREGORIO.- Sobrina del empleado que le anunció a usted y empleada ella misma en la Dirección General de Industrias Textiles, donde, con toda seguridad, habrá que presentar las ofertas. ¿No es así?

GINÉS.- Así es.

GREGORIO.- Si es fea o bonita, alegre o virtuosa, lo ignoro.
Hacerse con su voluntad ha de ser cosa fácil para don Ginés Flauto.

GINÉS.- Para mí, no... Yo ya me encuentro un poco cascado y en declive, pero, para mi equipo, en el que tengo ayudantes de primer orden, confío en que sea un paseo militar.

GREGORIO.- Por si éstos ayudantes nos fallasen, yo voy a hacer algunos tanteos cerca... del tío de Alicia Loredo.

GINÉS.- Tino.

GREGORIO.- Así lo espero.

GINÉS.- Adiós, gran hombre.

GREGORIO.- Me ha pisado usted la despedida. Hasta pronto.

(Unos segundos antes, MATILDE volvió a ocupar su puesto. GINÉS sale ahora del despacho de DON GREGORIO.)

GINÉS.- (A DOMINICO.) Dio el bote, pero en secreto.

(DOMINICO, al que no le ha caído en gracia GINÉS FLAUTO, va a contestarle, pero como suena el timbre de la puerta llamando a MATILDE, y por otra parte, GINÉS enfila la salida con presteza, renuncia a hacerlo. MATILDE acude a la llamada.)

GREGORIO.- Que entre don Dominico.

MATILDE.- Don Gregorio: ¿puedo salir a las once? He de llevar a mi madre al médico.

GREGORIO.- ¿Qué tal sigue?

(MATILDE responde con un gesto poco alentador.)

Márchese. No la necesito hasta mañana. Yo mismo me iré en seguida.

MATILDE.- «Thank you». (Saluda llevándose la mano militarmente a la sien derecha y se va. Una vez en su mesa, recoge su bolso y se dirige a la percha donde descuelga su abrigo.) Señor Loredó: el jefe le espera.

(Mutis definitivo.)

DOMINICO.- ¿Da usted su permiso?

GREGORIO.- Entre, amigo Loredó. Nunca le pregunté a usted si fuma puros.

DOMINICO.- Las pocas veces en mi vida que me lo han preguntado contesté siempre que sí.

GREGORIO.- Bravo, bravo...

(Le ofrece uno del tamaño de los que fuman los burgueses en los carteles electorales que empujan a la lucha de clases.)

DOMINICO.- (Casi entre dientes.) Caray, qué calibre...

GREGORIO.- Señor Loredó: usted que es artillero, y de los buenos, habrá oído hablar de unos disparos que se hacen con espoleta retardada.

DOMINICO.- (Ilusionado ante la perspectiva que se le ofrece de poner el paño al púlpito.) Naturalmente, son aquéllos en los que la explosión del proyectil se gradúa por medio de un mecanismo que...

GREGORIO.- Soy un ignorante...

(DOMINICO lo niega.)

Pero creo no equivocarme al comparar esos disparos con lo que me ha pasado a mí. Resulta que apenas se fue por esa puerta, yo me puse a pensar en las mujeres de la limpieza y a decirme a mí mismo: don Dominico tiene razón. Están mal pagadas, hay que hacer algo por ellas. Lo de la espoleta retardada, ¿no es, poco más o menos, lo mismo?

DOMINICO.- Sí, señor.

GREGORIO.- De donde se deduce que los buenos sentimientos son los que triunfan. Porque sus palabras fueron eso en esencia, una explosión... (Se ríe.) de buenos sentimientos.

DOMINICO.- Hacer el bien a mis semejantes: es lo que a mí me gusta más que nada.

GREGORIO.- Admirable... Eso significa que es usted sensible a los problemas del prójimo.

DOMINICO.- Claro.

GREGORIO.- Son tantos los que tenemos... Surgen y surgen cada día.

Por ejemplo, dentro de poco es posible que se anuncie el concurso para la provisión de un millón de mantas. ¿Se imagina lo que eso supone? Que lo ganamos, estupendo. Que lo perdemos, una catástrofe.

DOMINICO.- Anda ya..., lo ganamos nosotros.

GREGORIO.- Ojalá acierte, querido Dominico. Llegado el momento, ¿contaríamos con usted?

DOMINICO.- Naturalmente. ¿Por quién me ha tomado?

GREGORIO.- Me conforta oírle. Pero, entretanto, no nos salgamos del motivo de nuestra conversación. (Con cierto empaque.) Gracias a sus gestiones, señor Loredó, las mujeres de la limpieza cobrarán a partir de enero... a razón de cien pesetas más por mes..., (Ante la mirada interrogante de DOMINICO.) incluidas las pagas extraordinarias. ¿Qué? ¿Satisfecho?

DOMINICO.- O sea, exactamente... mil cuatrocientas al año..., ¿no?

GREGORIO.- ¿Cómo podría equivocarse en sus cálculos el as de los contables? Ya sé que todos apreciarán este esfuerzo de la Sappilis y que verán en él...

DOMINICO.- ¿Lo redondeamos en veinte duritos para que sean mil quinientas?

GREGORIO.- (Magnánimo.) Conforme. ¿Qué podré negar yo a quien sabe pedir tan persuasivamente?

DOMINICO.- Don Gregorio, muy reconocido.

GREGORIO.- Por cierto, antes de que se vaya... El día en que usted entró fue testigo, por casualidad, de algo que otro cualquiera, sin su mundología, podría interpretar torcidamente.

DOMINICO.- ¡Bah...!

GREGORIO.- (Felicitándole por su discreción.) Por añadidura, ayer yo salía de casa de unos amigos que viven en la calle de la Reina, con la señorita Matilde, justo cuando usted pasaba por allí.

DOMINICO.- (Sin darle importancia.) Bueno...

GREGORIO.- Uno está obligado a hacer suyas las preocupaciones de las personas con las que trabaja. La madre de Matildita...

(Confidencial.) padece una enfermedad incurable. Matildita a veces está tristísima y a mí me da pena. No dudo un momento que usted habrá sabido interpretar lo que vio... sin malicia. Y sobre todo, que no se le ocurrirá nunca comentarlo.

DOMINICO.- Don Gregorio..., yo creo que a la tal Matildita lo de su madre debe de tenerla prácticamente desesperada.

GREGORIO.- ¿Por qué?

DOMINICO.- Porque no es usted la única persona en la que busca consuelo.

GREGORIO.- ¿A qué se refiere?

DOMINICO.- A Jaime.

GREGORIO.- ¿Qué Jaime?

DOMINICO.- Uno con quien habla por teléfono.

GREGORIO.- ¡Ah! Será Jaime Alonso. Es primo suyo.

DOMINICO.- Nada se opone a que además sea primo.

GREGORIO.- ¿Quiere darme a entender que hay algo entre ellos?

DOMINICO.- ¿Cómo algo? ¡Todo! Me juego las dos manos y las dos piernas.

GREGORIO.- Bien, puede retirarse. ¿Qué más cosas tiene que decirme?

DOMINICO.- (Se sincera.) A mí no me divierte que nadie tome a guasa a las personas que yo estimo. Esa es la razón por la cual le he contado esa historia.

GREGORIO.- Se lo agradezco mucho. Si no le importa ahora dejarme unos instantes...

DOMINICO.- A sus órdenes.

(Mutis.)

GREGORIO.- Golfa..., golfa..., golfa... (Al teléfono en el que ha marcado un número.) ¿Es la agencia de colocaciones? Mire, necesitaría una secretaria, entre las diez y doce mil pesetas, entre los veinte y los veinticinco años, de buena presencia, soltera, morena a ser posible... No, el que fuese taquígrafa no le perjudicaría.

OSCURO

Cuadro IV

El mismo decorado.

DOMINICO trabaja en su mesa. En la de MATILDE está SARITA, la nueva secretaria, una muchacha que reúne todos los encantos exigidos a la agencia por DON GREGORIO. SARITA está cruzada de brazos.

SARITA.- ¿A qué hora suele venir el señor director?

DOMINICO.- Siempre antes de esta hora. (Ambiguo.) Pero hoy es un día excepcional y tardará algo más.

SARITA.- ¿Qué edad cree usted que tiene?

DOMINICO.- Para una secretaria que quiera durar en su puesto, todo director es, por definición, joven a perpetuidad.

(Por la derecha llega MATILDE. Al ver a SARITA hace un gesto de extrañeza.)

MATILDE.- ¿Quién es usted?

SARITA.- Sarita González Comba.

MATILDE.- ¿Y qué hace en mi mesa?

DOMINICO.- Es la nueva secretaria de don Gregorio.

MATILDE.- ¿Qué está usted diciendo?

DOMINICO.- (A SARITA.) Si es tan amable de salir un momento...

SARITA.- Como guste.

(Y se va por la derecha.)

DOMINICO.- ¿Le importa firmar este recibo, Matilde, y aceptar este sobre?

MATILDE.- ¿Qué me da usted aquí?

DOMINICO.- El importe de su paga hasta el treinta y uno y tres meses de indemnización. Una despedida bastante generosa, Matildita.

MATILDE.- ¿Que me despiden? ¿Y por qué?

DOMINICO.- Yo podría: a) fingir ignorarlo; b) inventar algún pretexto; c) endilgarle a don Gregorio la respuesta, pero nada de eso iría con mi carácter. En consecuencia, y puesto que me lo pregunta, le diré que la han despedido porque don Gregorio se ha enterado de lo de usted y don Jaime.

MATILDE.- (Hipócritamente.) ¿De qué?

DOMINICO.- Por Dios, Matilde, le suplico que conmigo no se haga la tonta. Si tiene curiosidad en saber quién se lo contó a don Gregorio, le diré que fui yo.

MATILDE.- ¿Y quién le daba vela de este entierro?

DOMINICO.- Ahí está el error. Si usted me conociese sabría que hay entierros a los que yo me considero obligado a asistir, tanto si me dan vela como si no. En su caso, yo no podía quedarme en la calle de fuera mientras usted, tan tranquila, le ponía los cuernos a don Gregorio.

MATILDE.- Eso es una calumnia.

DOMINICO.- Eso es una verdad como un templo. Usted jugaba al julepe con don Gregorio de siete a diez en Reina, ochenta y cuatro, y después pasaba las noches con su Jaimito.

MATILDE.- Aunque esa grosería fuese verdad, vuelvo a repetirle: a usted, ¿qué?

DOMINICO.- Yo no he nacido para presenciar impasiblemente, como si no tuviese que ver conmigo, nada que esté mal hecho. Yo pongo en su sitio los cuadros mal colocados, yo me bajo de los coches para retirar las piedras de las carreteras y echo en las cestas de los papeles los que los demás tiran a su alrededor. Yo llamo la atención a los peatones que no cruzan la calle por donde deben y aplaudo a los de la grúa. Yo tengo una conciencia muy estrecha de mis obligaciones y las cumplo, caiga quien caiga. Para mí el fraude, la mentira, la trampa, son cosas con las que hay que acabar. Y a eso me dedico.

MATILDE.- Pues en lugar de haberme fastidiado una combinación con

la que estaba muy a gusto, bien pudo, si es usted tan puritano como dice, denunciar otras cosas que pasan en la Sapplis bastante más graves que el que yo haya toreado a don Gregorio.

DOMINICO.- No sé a cuáles se refiere.

MATILDE.- Esto sí que es gracioso... No las sabe... y está en la contabilidad...

DOMINICO.- ¿Y qué sucede con la contabilidad? ¿Es que mis sumas y mis multiplicaciones no son correctas?

MATILDE.- A usted me parece que le gusta más ser acusica de colegio que fiscal.

DOMINICO.- ¿Insinúa usted que en la Sapplis se cometen irregularidades y que yo las conozco y me las callo?

MATILDE.- ¿Cómo que insinúo? Que estoy segura de que se hacen, y a porrillo.

DOMINICO.- Yo le doy mi palabra de honor de que si me entero de una sola, pequeña o grande, tardaré cinco minutos en informarle a don Gregorio.

MATILDE.- ¿Pretende tomarme el pelo? ¿Es que usted cree que en la Sapplis hay quien mueva una mano sin que él lo autorice? Todas las porquerías de la Sapplis se hacen porque él las ordena.

DOMINICO.- Lo que pasa es que le da rabia que la despidan.

MATILDE.- Se atreve a hablarme así porque soy una mujer.

DOMINICO.- El valor nunca le falta a un artillero. Si estuviese delante Jaimito se lo diría lo mismo. Además, si a usted le consta que don Gregorio hizo algo malo, tenía que habérselo echado en cara.

MATILDE.- ¿Y usted? ¿Se lo ha echado en cara usted?

DOMINICO.- Yo no creo en sus infundios.

MATILDE.- Tómese el trabajo de estudiar a fondo la contabilidad; no sea una máquina que se limita a pasar los asientos de un libro a otro. Y para ir haciendo boca, léase estas copias sacadas de los libros. (Le da unos papeles. Ella se queda con otros muchos.) Y después hablaremos. Porque si usted no cree en mis infundios, yo tampoco creo que usted sea un dechado de limpieza. Y menos su sobrina.

DOMINICO.- ¿Por qué saca usted a bailar a mi sobrina?

MATILDE.- Enredando están para que les ayude por bajo cuerda en lo del concurso del millón de mantas. Y según todos los síntomas, con grandes probabilidades de éxito.

DOMINICO.- Matilde, es inútil seguir hablando: hemos terminado.

MATILDE.- Buenas tardes.

(Mutis de MATILDE.)

DOMINICO.- Buenas tardes.

(DOMINICO se dispone a examinar los papeles que le dejó MATILDE. MATILDE reaparece.)

MATILDE.- El sobre.

DOMINICO.- La firma.

(MATILDE la garrapatea rápidamente.)

MATILDE.- ¡Tome! Dígale a Sarita González Comba que ésta es la llave de la mesa. Esta otra, que le pregunte a don Gregorio de dónde es.

(Mutis definitivo.)

DOMINICO.- (Atónito, sin dar crédito a lo que ve.) No..., no..., no es posible.

(ROSA sale por la derecha y le contempla unos segundos sin ser vista.)

ROSA.- ¿Tiene usted alguna preocupación?

DOMINICO.- ¿Y quién no las tiene? (Oculta, temeroso, los papeles.)

ROSA.- Pero, ¿es algo grave? ¿La salud?

DOMINICO.- No, no...

ROSA.- Entonces, poco importa.

DOMINICO.- Ah, usted cree que no siendo cosa de la salud...

ROSA.- Todo lo demás se arregla.

DOMINICO.- Ojalá sea así.

ROSA.- Mire lo que le traigo, don Dominico y ponga otra cara.

(Le muestra un pequeño paquete.)

DOMINICO.- ¿Qué me trae?

ROSA.- Pues dos cosas, y las dos muy prácticas. Una, un cinturón, y la otra, un bolígrafo.

DOMINICO.- (Presta su atención al paquete, que le entrega ROSA.) Y esto, ¿por qué?

ROSA.- Mis compañeras me han encargado que le diga lo agradecidas que le están por el aumento de sueldo, que ya saben que se lo deben a usted.

DOMINICO.- Pero, mujer...

ROSA.- Nada, nada... Nos pusimos a pensar qué le sería más útil y yo dije: Pues don Dominico anda todo el día dándole que le das a la papela. Algo con que escribir le vendría bien. Y se nos ocurrió lo del bolígrafo, que lo habíamos visto anunciado. Entonces, la Ramona, que le mira con muy buenos ojos, dijo: «Vaya por el bolígrafo, pero sólo eso es una miseria. Hay que regalarle algo más personal». Y fue

cuando se nos ocurrió lo del cinturón. Entonces la Ramona preguntó: ¿Y de qué medida? Los hay de varias». Y yo les contesté: De eso yo me encargo, porque me había fijado muy bien en las tuyas. Y aquí se lo traigo para que se lo pruebe, aunque no le hace falta, porque usted es de la misma talla que Juancho, mi difunto, que se lo he notado desde el primer momento.

DOMINICO.- Son ustedes muy simpáticas, pero la verdad es que no tenían que haberse molestado.

ROSA.- Calle, ande. Y por si acaso, véalo, no esté yo obcecada...

(DOMINICO despliega el cinturón, que es un cinturón de cuero con una hebilla plateada muy vistosa, que habrá costado, poco más o menos, el aumento de un mes del sueldo de una mujer de la limpieza, y, sin ocultar su rubor, se lo ciñe de un modo sumario por encima de la chaqueta, sin atreverse a mayores precisiones, dando por bueno su tamaño.)

Los agujeros. Eso es lo que importa. Mire si hay que abrirle algún agujero más... Jesús, qué hombre tan vergonzoso es usted. ¿Tendré que ayudarlo?

DOMINICO.- No, no...

ROSA.- Pues, entonces...

(DOMINICO se calza con torpeza el cinturón. Tiene los agujeros que le hacen falta. Aún sobra una lengüetilla de cuero que enfunda resueltamente en la hebilla que le corresponde. Después se lo ajusta y lo palpa muy contento.)

Qué bien le queda, buen mozo.

(Y le mira detenida y morosamente, de arriba abajo, con una franca osadía. Es indudable que ROSA se excede en el elogio, porque la verdad es que DOMINICO, con el cinturón por fuera de la americana, no queda ni medio bien siquiera.)

Ah, los pasadores...

DOMINICO.- ¿Qué es lo de los pasadores?

ROSA.- A lo mejor son más estrechos que el cinturón y en ese caso hemos hecho un pan como unas tortas.

DOMINICO.- Habrá que comprobarlo.

(Realmente debería comprobarlo ya, en seguida, sin pérdida de tiempo, pero la timidez se lo impide.)

ROSA.- ¿Y a qué aguarda?

DOMINICO.- Déjeme, se lo diré mañana.

ROSA.- No sea gilí. Venga, que es cosa de nada. (Ella misma, imperativamente, le desabrocha la chaqueta. Bien pronto, y con la natural contrariedad, observa que el cinturón es más ancho que los pasadores.) Andá, estamos listos.

DOMINICO.- ¿Qué?

ROSA.- No cabe.

DOMINICO.- Ya me encargaré de que los arreglen.

ROSA.- ¿Y cómo?

DOMINICO.- Mi portera es sastra.

ROSA.- Quite, hombre. Mándemelos a casa y yo se los despacho en un abrir y cerrar de ojos.

DOMINICO.- No se preocupe. Si yo...

ROSA.- Usted no sabe dónde vivo, claro...

DOMINICO.- No.

ROSA.- Apodaca, dieciocho, quinto, letra D.

DOMINICO.- Ya.

ROSA.- Entrando por Fuencarral...

DOMINICO.- Sí, sí...

ROSA.- Mándemelos cualquier tarde, después de las siete. (Sin subrayar su invitación con malicia alguna, en tono amistoso y normal.) O si no, venga usted a verme y llévelos puestos.

DOMINICO.- (A quien, por el contrario, el ofrecimiento de ROSA le turba ostensiblemente.) ¿Cómo dice?

(Bloque 9°.)

ROSA.- (Ahora se da cuenta de la doble intención que puede atribuirse a sus palabras, pero no las rectifica, sino al contrario, las repite, acompañadas de una prometedora sonrisa.) Que si le es más cómodo, que los lleve puestos, buen mozo...

(Coro.)

TODAS.-

¡Oh, genio de la especie! Ya tu obra es un hecho.
Del uno al otro polo ha saltado el chispazo.

MUCHACHA 1ª.-

Incendiaste primero la mirada del hombre,
haciendo que siguiese las rítmicas caderas
de la Venus que araba, con la bayeta húmeda,
el suelo de papeles y ceniza manchado.

TODAS.-

Y es ahora la Venus quien mira a la cintura
del pobre funcionario, del brigada Loredo,
y piensa en su medida, igual a la de Juancho
(el marido que tiene su fosa en la Almudena,
y una piedra que dice: Tu Rosa no te olvida).
Y es verdad, no te olvida
pero, ay Dios, te compara
y encuentra que al igual que el difunto, el contable,
usa un cinto que tiene los mismos agujeros,
y ha de ser como él era,

MUCHACHA 2ª.-
retozón y sanguíneo,

MUCHACHA 2ª y
3ª.-
besucón en pasillos,

MUCHACHA 2ª,
3ª y
4ª.-
jaranero en la alcoba,

TODAS.-
saltador en el lecho, cantarín y mimoso,
y ha de tener los brazos como cables de acero,
capaces de llevarla al placer por la asfixia.

(Bloque 10º.)

(Este bloque sirve de enlace entre el cuadro quinto y el sexto.)

OSCURO

Cuadro V

Una ferma simula un confesionario. No se ve -más aún, no existe- el confesor.

DOMINICO.- (De rodillas, vacía su conciencia en un monólogo, dicho en un tono convulso y desordenado.) Padre, estoy preocupadísimo y por eso vengo a usted. No, por Dios, no me pregunte cuándo fue la última vez, que ni me acuerdo. Veinte, veinticinco o treinta años. ¿Que rece el Yo pecador? No sé cómo empieza ni cómo acaba. Oiga, padre, le suplico que no me ponga pegas. ¿Puedo contarle como a un amigo lo que me pasa? Si es así, continúo; si no, me voy y mala suerte. Gracias, padre. No..., no, no es nada de mujeres. Oiga, lo de ustedes es ya obsesivo. ¿Sabe lo que dice el capitán García Rojas, que es muy brutote? ¿No se enfadará? Pues dice que va a hacer campaña para que pongan el sexto mandamiento entre las obras de Misericordia. (Se ríe estrepitosamente. Como, sin duda, el comentario del padre es un poco adusto, recoge velas.) No, no he venido a darle conversación... Es que... (Confidencial, casi mimoso.) Oiga, lo del capitán no lo tome como una falta de respeto; que es una chirigota... Sí, sí, al grano. Le explicaré de qué se trata. Yo trabajo en una empresa. ¿Verdad que no necesita saber cuál es? Ya me lo suponía. Por mi parte, lo prefiero, así le hablo más a las claras. Es una empresa muy importante... No, no tanto como el I.N.I., no... Caramba, es que, perdóneme, hace usted unas comparaciones de caballo. Pero aunque no sea el I.N.I. es importante, vaya, y estoy en el departamento de contabilidad. No, si no necesita usted entender de contabilidad para entenderme a mí... Lo que le voy a explicar es muy sencillo. Resulta que en lugar de llevar una contabilidad se llevan tres... ¿Que por qué se triplica el trabajo? No, no es inútilmente... Es porque cada una es distinta a la otra. Ah, ya cae, ¿no? Entonces, en una se llama al pan pan y al vino vino, y se pone todo tal y como es, sin marrar ni un céntimo. Esa sirve para los capitostes. ¿Comprendido? Exclusivamente para ellos. Después hay otra, que es la que se enseña a los accionistas y en la que sólo se pone lo que conviene a los capitostes que se sepa. Y después, otra tercera para la Hacienda, llena de desastres. El activo que disminuye que es una pena; el pasivo que no se amortiza nunca; la cuenta de resultados, cada uno peor que el otro, y la de pérdidas y ganancias, con muchas pérdidas y ninguna ganancia. Así al accionista le metemos gato por liebre y a la Hacienda la toreamos... Un capotazo por aquí, otro capotazo por

allá, sus banderitas y... hale..., la estocada hasta el morro.
¿Usted cree que eso está ni medio bien? Olé que sí, padre, que tiene usted razón, que eso es una canallada. ¿Y qué puedo hacer en vista de todo ello? Porque usted comprenderá que el problema es de aúpa. Pensando, pensando, yo encuentro cuatro salidas. Primera: hacerme el longui, achantar la mui. ¡Coserme la boca, padre! Pero si me callo, juego una mala pasada a mi conciencia y yo mismo quedo ante mis ojos en mal lugar. Segunda salida: eso tan amargo, dimitir. Y tal día hizo un año. ¡Concho! Y usted perdone. ¡Menuda salida!, pero me quedo con veinte duros por junto y a morirme de hambre tocan. Tercera salida: darles cara. Ah, no, yo tengo más temperamento que el Cid Campeador, y en realidad eso es poco decir, porque, al fin y al cabo, el Cid era sólo de caballería. Más que Napoleón, eso sí, que fue artillero como yo, y le canto las cuarenta al lucero del alba y ¡ancha es Castilla! Queda la cuarta salida, la última: denunciarles. La palabrita suena regular, lo comprendo. Y es porque se le ha hecho mal ambiente y el denunciante parece como un traidor, pero el denunciado, ¿no es el que de verdad traiciona a los demás, el que nos traiciona a todos? Ya está: les denuncio. Ahora bien, denunciarles así, sin prevenirles, sería poner en la picota a quienes, al fin y al cabo, me colocaron en su contabilidad, y yo no hago faenas a nadie. (Como iluminado por una idea repentina.) Ay, ay, que empiezo a ver claro. ¡Si confesarse es buenísimo...! Yo me voy al jefe y le digo: Lo que está pasando aquí es muy feo. Espero hasta tal fecha para que rectifiquen, y si no... (Con menos entusiasmo.) ¿Eh? ¿Qué opina usted de esa solución, de esa quinta salida? ¿Se da cuenta del berenjenal en que estoy metido? Oigame, padre, yo he visto la iglesia abierta y me he dicho: «A lo mejor me sacan de este lío...» Y eso es todo lo que quería contarle, padre cura.

(Coro.)

(Las muchachas visten ahora unas hopalandas negras.)

TODAS.-

Tememos que al combate, oh, brigada, te aprestes
y que el alza dispuesta tengan tus baterías.
Mas, ay, si te decides, procura estar alerta,
porque a pesar de que eres en municiones rico,
serás siempre más débil que tu frío adversario.
¡Ojo, pues, a estas fuerzas tan dispares en pugna!
¡Y piensa que aunque, acaso, la victoria te esquive,
luchar es lo que vale y perder poco importa!

(TELÓN.)

(Bloque 10º, 2ª vez.)

Parte II

Cuadro I

DOMINICO está solo en el centro de la escena, con una chaqueta sobre los hombros, sin pantalones, o si pareciese excesivo, envuelto en una manta de la cintura para abajo. Una ferma simula la puerta de una habitación modesta, tras de la cual habla ROSA.

(Bloque 11º1.)

DOMINICO.- Rosa...

ROSA.- (Desde dentro.) ¿Qué?

DOMINICO.- Creo que debo casarme contigo...

ROSA.- ¿Y a qué viene eso?

DOMINICO.- He abusado de ti.

ROSA.- Todo es relativo, alma mía.

DOMINICO.- Una cosa era que me ensancharas los pasadores del pantalón, otra que...

ROSA.- (Se ríe, con una risa gruesa y ordinaria, pero saludable.)

Sí, es verdad, muy distinta. Lo que sucede es que tú eres un hombre peligroso para las mujeres. ¿Nunca te lo dijeron?

DOMINICO.- (Con gravedad.) No soy peligroso, y por segunda vez, Rosa, te pregunto si te quieres casar conmigo.

ROSA.- ¿Qué te supones? ¿Que me has deshonrado y que estás en el deber de llevarme a la vicaría? No seas chiquillo, Dominico. Yo soy muy moderna y a esas bromas de hombres y mujeres no les doy maldita importancia. Tú me caíste en gracia desde el primer momento, y además te portaste muy bien yendo a hablar a don Gregorio, que es un avaro que se irá al infierno de cabeza.

DOMINICO.- ¡Te prohíbo que hables así de don Gregorio!

ROSA.- Desde ahora diré que es una hermana de la Caridad. Te repito, cabezón, que a mí me apetecía desde hace tiempo tener contigo un detalle...

(Se abre la puerta y le tira los pantalones, con el cinturón ya colocado, y corriendo fluidamente de derecha a izquierda.)

DOMINICO.- Aparte de eso, Rosa..., (Habla mientras se viste.) yo es que me encuentro muy solo.

ROSA.- Huy..., si es por lo de la soledad, visítame cuando quieras, Dominico de mi alma. Bueno, avisándome antes.

DOMINICO.- (Termina de abrocharse la pretina de cara a la puerta, perplejo.) ¿Por si estás con gente?

ROSA.- Don Roberto Ontañón me protege va ya para cuatro años.

(Entra ROSA.)

¿No ves que tengo un hijo tonto? ¿Qué sería de mí si don Roberto no me echase una mano? (Ella misma se ríe del «quid pro quo».) No tomes eso por donde quema. Es un señor de muchas campanillas, dueño de la tienda de ultramarinos que hay en mi calle, que pinta para concejal, según dicen, y al que no podría darle el pasaporte fácilmente..., aunque quisiera.

DOMINICO.- ¿Tú te entiendes con él?

ROSA.- Acabo de decírselo, Dominico de mi alma.

DOMINICO.- Debiste de habérmelo advertido. Yo me hubiera portado de otra manera.

ROSA.- Mejor, es difícil.

DOMINICO.- No me gusta hacer daño.

ROSA.- No te imaginarás que voy a contar a nadie lo sucedido.

DOMINICO.- Es igual. Que lo sepa o no, da lo mismo. Es mi conciencia lo que importa.

ROSA.- (Le mira fijamente. Tras una pausa.) Tú eres bastante raro.

DOMINICO.- ¿Por qué?

ROSA.- Estás lleno de remordimientos, como si yo fuese una muchachita de quince años y don Roberto el noviete que esperase a que cumpliera los dieciséis para llevarme al altar... Y todo... porque te haya ensanchado los pasadores.

(DOMINICO la mira como dándole a entender que hubo algo más. ROSA se ríe.)

¡Huy! ¡Qué candoroso es él!

DOMINICO.- Puede.

ROSA.- A mí nunca me sucedió nada parecido. ¿No me ves tan contenta? Pues, ¿a qué pones esa cara? (Reflexiona.) Y el caso es

que me caes simpático, te lo juro; Mi tía Rosenda, por la que me llamaron a mí Rosa, para quitarse el mal sabor de boca, decía que la vida era como un viaje que todos empezábamos lavados y planchados, pero en el que en seguida nos manchábamos de carbonilla y de polvo.

(Él la mira esperando que saque una conclusión cualquiera de esa imagen.)

Tú ya llevas algunos añitos viajando, galán, y estás tan limpio como si te acabase de enjabonar tu madre.

DOMINICO.- Mejor así.

ROSA.- Pues prepárate a que te empitonen por los cuatro costados.

DOMINICO.- Ya lo hicieron alguna vez.

ROSA.- A ti te pasa algo, que no sé lo que es, pero que te quita el sueño. ¿Por qué no me lo cuentas? ¿Crees que no sé guardar un secreto?

DOMINICO.- Seguramente sí...

ROSA.- Anímate, hombre, y ábreme tu corazoncito.

DOMINICO.- No puedo. No son cosas mías.

ROSA.- Bueno... Me dejas sin palabras. Búscame cuando te apetezca.

DOMINICO.- Será muy difícil que te busque.

ROSA.- ¿No quedamos en que te sientes solo?

DOMINICO.- Sí.

ROSA.- Pues entonces... (Le centra el cinturón.) Esto te cae muy bien. Harás muchas conquistas. A la Ramona la tienes derretida. Y mira, ésa está libre. La dejó el querido en febrero. Si te interesa, ya le diré alguna cosa de tu parte.

DOMINICO.- No, no le digas nada. Adiós, Rosa.

ROSA.- Adiós, Dominico. (Transición.) ¡Jesús! (Piensa en él con arrobó.) ¿Qué le pasará...? Eso sí..., es un hombre de los que ya quedan pocos... Y hay que ver cómo le luce el cinturón.

OSCURO

Cuadro II

DON GREGORIO está en su despacho. DOMINICO llama a la puerta.

DOMINICO.- ¿Da usted su permiso?

GREGORIO.- Entre.

(DOMINICO entra. Tiene el aire preocupado. Se produce una pausa.)

¿Qué desea usted?

DOMINICO.- ¿Me deja que me sincere, don Gregorio? No sé cómo empezar ni por dónde.

GREGORIO.- Caramba...

DOMINICO.- Es lo más complicado que he tenido que decir nunca a nadie en mi vida. Sólo una vez que, en el cuartel, me llamó el capitán de servicio para que le diese el parte de...

GREGORIO.- ¿De qué, señor Loredó?

DOMINICO.- (Renuncia a explicarle.) No, no vale la pena. Bueno, pues ni lo del cuartel es comparable a lo de ahora. Vea estas tres hojas, don Gregorio. Están tomadas de los libros de contabilidad y se refieren al mismo asunto: el suministro de algodón. Las tres diferentes.

GREGORIO.- (Las examina. Palidece. Se pone de pie.) ¿Quién le ha dado esto?

DOMINICO.- No hace al caso.

GREGORIO.- (Con voz de trueno.) Por segunda voz le pregunto que quién se lo ha dado a usted.

DOMINICO.- Eso es cosa mía, don Gregorio.

GREGORIO.- ¡Matilde! Sólo pudo ser Matilde. (Entre dientes.) Esa golfa..., esa golfa... (Cambia de tono. Se cuadra.) Bien. ¿Y a qué conclusión llega usted con eso?

DOMINICO.- A que las cosas de la Sapplis se falsean, don Gregorio, y eso es una inmoralidad.

GREGORIO.- ¿Qué entiende usted por inmoralidad?

DOMINICO.- Todo el mundo sabe distinguir lo que es moral de lo que no lo es.

GREGORIO.- Se equivoca. Pocos conceptos hay tan variables como ése. Lo que es inmoral hoy, pudo no haberlo sido hace siglos. Lo que es inmoral aquí, puede no serlo en nuestras antípodas. ¿Es inmoral ir desnudos por la calle de Alcalá? Sin duda. Pero en la selva de África, no.

DOMINICO.- Don Gregorio, el andar haciendo cambalaches en los libros es, a mi juicio, una inmoralidad como una casa aquí y en Lima.

GREGORIO.- Según. Para su mentalidad de militar, quizá; para la mía de hombre de negocios, no.

DOMINICO.- Pero, ¿qué bula tienen los hombres de empresa que no tengan los demás ciudadanos?

GREGORIO.- Todos tenemos, amigo mío, la bula de nuestro oficio. ¿No la tiene el médico que nos manda a la tumba por un tratamiento equivocado? ¿Y el abogado que nos hace perder una finca por defendernos mal? ¿Y el centinela que nos descerraja un tiro si nos acercamos a la garita? A ninguno de ellos se les exigen responsabilidades. ¿Y se nos van a exigir a los hombres de negocios por cubiletear un poco con los números?

DOMINICO.- Señor Cordónel...

GREGORIO.- No olvide que yo, por añadidura, aunque nacido en Madrid, soy levantino.

DOMINICO.- ¿Y qué sucede a los levantinos? A ver si es que no son estupendos los levantinos.

GREGORIO.- Sí, conforme... Pero por Levante anduvieron los fenicios, los griegos, los árabes, los moriscos..., y todas esas sangres las llevo en la mía. ¿Cómo pretende que reaccione igual que uno de Palencia, por donde pasaron solamente unos cuantos godos aburridos?

DOMINICO.- Para mí, repito, el llevar tres contabilidades diferentes significa que hay dos personas, por lo menos; a las que se les quiere engañar. Una es el accionista. Y otra es el Estado.

GREGORIO.- Al accionista hay que tratarle como a los presos de los campos de trabajo. Alimentarles con el dividendo imprescindible para que se mantengan vivos y aporten su dinero, pero ni un céntimo más. Y ya van servidos.

DOMINICO.- ¿Y el Estado?

GREGORIO.- El Estado y yo tenemos un contrato por virtud del cual yo he de darle unas pesetas y él ha de darme a mí puertos, teléfonos, carreteras, escuelas, viviendas, etc. Las pesetas que yo le entrego, aunque devaluadas, son buenísimas. Pero el Estado, ¿cómo me corresponde? ¿No cree que me pasa mucha mercancía averiada y en mal uso? Entonces, yo me defiende del mismo modo. El me promete una carretera y me entrega un camino vecinal, un puerto y me da una boya, una escuela y me da una pizarra, un teléfono y me da unas bocinas... En consecuencia: cuando viene a sacarme un duro, yo me las arreglo para que sólo me saque dos cincuenta.

DOMINICO.- Don Gregorio: le ruego que me dispense si empleo palabras fuertes, pero eso es ser defraudador.

GREGORIO.- ¿Palabra fuerte defraudador? No, no me lo parece... Entre nosotros no tiene tanto prestigio. Palabras fuertes son ateo, rojo, masón, adúltero, cornudo, invertido... Defraudador... (Simula hablar en un tono acusatorio y confidencial, como si señalase a un transeúnte con el dedo.) Ese es un defraudador... (Se encoge de hombros.) Psche... No produce ninguna impresión, no desacredita a nadie, no obliga a echarle bola negra ni a negarle el saludo.

DOMINICO.- Tal vez no. Y, sin embargo, ¿sabe usted de alguna casta que haga más daño al país que los defraudadores? A mí no me caen simpáticos esos tipos de los que usted habla. Pero ninguno de ellos me roba. En cambio, el que defrauda, sí. Y el que lo hace a la Sapplis, por partida doble.

GREGORIO.- Caramba.

DOMINICO.- Primero, como accionista.

GREGORIO.- ¿Tiene usted acciones de la Sapplis?

DOMINICO.- (Se echa la mano al bolsillo.) Acciones, no. Tengo una que compré hace tres semanas, con un dinero que había ahorrado, porque me pareció que mi deber era emplearlo en la empresa en que trabajaba. Y esa acción produce un dividendo... Supongamos que de quince pesetas, pero hay quien se las arregla para que a mí no me den más que cinco.

GREGORIO.- (Tira insolentemente dos duros sobre la mesa.) Ahí van las diez pesetas que faltan.

DOMINICO.- Me deben mucho más, don Gregorio.

GREGORIO.- Usted dirá.

DOMINICO.- Yo, sí, pago todos los meses los impuestos de mi trabajo. Me duele, se lo aseguro. Primero, porque, claro, cobro menos; segundo, porque no cobro una cifra redonda, que eso siempre gusta, sino quebrada y con céntimos, que la abarata mucho. Pues es probable que, si en vez de tres contabilidades se llevase una sola, yo no tuviese que tributar lo que tributo.

GREGORIO.- Mi buen amigo: ¿Me quiere decir qué demonios se trae entre manos?

DOMINICO.- (Se las mira con extrañeza.) Las tengo vacías, don Gregorio, y limpias. Las manos vacías suelen estar limpias.

GREGORIO.- ¿Qué persigue usted, señor Loredó?

DOMINICO.- Si he de concretárselo en pocas palabras: que en la Sapplis se lleve una sola contabilidad.

GREGORIO.- Eso es imposible y a usted le consta. No voy a cambiar de sistema porque a usted le entren estos escrúpulos de puritano. Sobre la base, pues, de que todo va a continuar igual, yo vuelvo a preguntarle cuál es su programa.

DOMINICO.- Consta de dos partes: A) pedirle de rodillas si es preciso, don Gregorio, que todo lo que pase en la Sapplis que no sea como debe ser, lo arregle inmediatamente.

GREGORIO.- Si no...

DOMINICO.- B) Ponerlo en conocimiento de la junta General.

GREGORIO.- Tanto confía usted en ella...

DOMINICO.- Yo creo que siempre hay una instancia superior en la que por fin se hace justicia. Entre nosotros, puede no hacerla el teniente, pero sí el capitán, o el comandante o el coronel. En todo caso, doscientas personas es imposible que aprueben públicamente una conducta irregular.

GREGORIO.- Lo entiendo... Azuzará a los perros. Ojo, ahí hay unos malhechores. ¡A la cárcel, a la cárcel!

DOMINICO.- Yo en esto de la cárcel, don Gregorio, tengo mis ideas particulares. Hay algunos a los que encierran y me quedo muy triste, no lo puedo remediar. Y hay otros a los que veo circulando por la vía pública y digo para mí: «Ya tiene suerte ese tío de andar suelto...» En fin, mientras se aclaran las cosas...

GREGORIO.- ¿Qué?

DOMINICO.- Considere vacante mi puesto don Gregorio. Yo no pienso seguir en la Sapplis.

GREGORIO.- Marcharse. ¿Esos son sus proyectos?

DOMINICO.- Sí.

GREGORIO.- No se precipite, amigo mío. Yo soy hombre que toma sus decisiones en dos tiempos. ¿Se acuerda de lo que pasó con las mujeres de la limpieza? ¿Quién sabe si no se repite la misma historia? Quédese, don Dominico, unas semanas. Después hablaremos.

DOMINICO.- Don Gregorio.

GREGORIO.- ¿Se va a negar a complacerme?

DOMINICO- Bien. Me quedaré unas semanas. A partir de hoy, eso sí, déme de baja en la nómina. Vendré gratis.

(Se hace el oscuro para marcar el final del cuadro, pero no completo. El rostro de DON GREGORIO queda vivo, en un haz de luz y se le ve variar de expresión, pasando del tono pensativo de su última frase a la cólera con que pronuncia la que sigue.)

TELÓN

Cuadro III

GREGORIO.- ¡No puedo evitarlo, no puedo!

(Echa espuma de los labios. GINÉS FLAUTO, sentado en un ángulo juega con las manos sobre la barriga, aguantando paciente y filosóficamente la tempestad. SARITA, en su mesa, toma unas notas, hace unas fichas, trabaja. GREGORIO tira unos libros al suelo, lleno de violencia.)

GINÉS.- Tranquilícese, don Gregorio.

GREGORIO.- Pasan los días y se me olvida, pero siempre que recuerdo a ese tipo, diciéndome tan tranquilo que me concedía un plazo.

GINÉS.- ¿Un plazo?

GREGORIO.- Sí, sí, porque así fue de hecho, un plazo hasta la próxima Junta General para enmendar las irregularidades de la Sappilis, me entra una irritación, amigo Flauto, un furor tal, que sólo rompiendo papeles, tirando libros, derribando muebles, puedo calmarme.

(Va a volcar la mesa del despacho, cosa que tal vez conseguiría si DON GINÉS no se lo impidiese.)

GINÉS.- ¡Don Gregorio!

GREGORIO.- (Excitadísimo.) La cólera de los dioses se aplacaba, cuando los había, haciéndoles sacrificios. La mía sólo disminuye derribando muebles. (Embiste de nuevo la mesa.)

GINÉS.- ¡Basta, don Gregorio, parece usted un niño!

GREGORIO.- (Se pasea otra vez como al principio de la escena.)

Que un sujeto que admitimos sin oposición, con unos conocimientos mínimos, en edad difícil, que debiera besar por donde yo piso, vaya y me clave un puñal en la espalda con premeditación y alevosía...

GINÉS.- El agradecimiento no es virtud burocrática.

GREGORIO.- Ah, si al menos hubiera podido correrle a trompicones y a patadas en los culos por los despachos de la Sapplis... Pero aún tuve que rogarle que se quedara. ¿Qué hacer con el concurso a punto de fallarse y ese ministro en su Ministerio que no hay crisis que lo mueva? Sólo sangrándome quedaría tranquilo.

GINÉS.- No necesitaría recurrir a esos extremos, mi querido don Gregorio. Estoy estudiando el historial del brigada Loredó.

GREGORIO.- ¿Y qué busca usted?

GINÉS.- Pocas vidas pueden ser escudriñadas sin dar en ellas con puntos oscuros, con sombras, como en las radiografías, con ganglios calcificados...

GREGORIO.- Concreto.

GINÉS.- Concreto: ¿Por qué el brigada Loredó pidió el pase a la situación en que está? ¿No le sorprende en un hombre, al parecer enamorado de su oficio, un loco del arma de Artillería, ya no muy lejos de la edad de su retiro? ¿O es que se ha producido algún hecho -el que sea- que le haya empujado a tomar esa determinación? Sigo. ¿Se da cuenta de lo que supone que el propio ministro le llamase personalmente para rogarle que le admitiesen en la Sapplis? ¿Por qué tanto interés? ¿Sólo porque se lo recomendase una mecanógrafa del Ministerio, la tal Alicia, de la que ya hablaremos, dicho sea de paso? No, no... Buenos son los ministros... Algún resorte de más fuerza le habrá movido al de Abastecimientos a colgarse al teléfono. Total: que yo he tendido mis redes. Además, dentro de pocos momentos es muy probable que la Operación Soborno haya concluido con una victoria clarísima y que a don Dominico podamos taponarle la boca sólo con veinte mil pesetas.

GREGORIO.- Usted confía mucho en ese anónimo, un poco novelero, que mandó al brigada incitándole a que vendiera al enemigo los secretos de la Sapplis. Yo no soy tan optimista.

GINÉS.- ¿La cantidad le parece pequeña?

GREGORIO.- ¿Veinte mil pesetas? Esa suma basta para hacer tambalear a mucha gente, pero no a don Dominico. Es una cuestión de principios y no de tarifas la que está planteada, amigo Flauto.

GINÉS.- Las dos se influyen. Hay principios que no se quebrantan por veinte mil pesetas, pero sí por treinta o por cuarenta mil.

GREGORIO.- Admita que también hay hombres insobornables. Se les nota. Es, no sé, la manera de mirar, el tono de las palabras y una aureola, como la de San Roque, casi visible a veces.

GINÉS.- A uno de aureola, cuyo nombre me reservo, lo bajé del altar hace quince días por seiscientas mil pesetas.

GREGORIO.- No, don Ginés, no. No se puede ser tan cínico, tan metalizado como usted. La vida nos da muchas sorpresas.

(DOMINICO entra por la derecha. Lleva en la mano un sobre y abre la

puerta de comunicación.)

DOMINICO.- ¡Quieren comprarme, don Gregorio!

GREGORIO.- ¿Para qué?

DOMINICO.- Para que diga cuáles son los precios de la Sapplis en el concurso del millón de mantas. He recibido una carta en que me lo proponen.

GREGORIO.- ¿Oye usted esto, señor Flauto?

GINÉS.- Sí, sí...

GREGORIO.- Siga, siga..., le han escrito...

DOMINICO.- Sí. Una carta a la que acompañan veinte mil pesetas, diciendo que si les suministro los datos que me piden las duplicarán.

GREGORIO.- ¡Demonio!

(GINÉS silba como ponderando su importancia.)

¡Cuatro mil duros! ¿Sospecha de quién puede ser la carta?

DOMINICO.- De uno de los que acudirán al concurso, eso es indudable. Pero no sé de cuál de ellos.

GREGORIO.- Por de pronto, de alguien que no le conoce a usted ni remotamente, señor Loredó... Porque si le conociese...

GINÉS.- ...comprendería que es ridículo tratar de comprar a don Dominico Loredó.

DOMINICO.- Es usted muy amable.

GREGORIO.- El señor Flauto ha adivinado mi pensamiento.

GINÉS.- (Con un leve aire declamatorio.) Ni veinte mil ni doscientas mil son bastantes.

GREGORIO.- (Mira a GINÉS.) Ni seiscientas mil.

GINÉS.- Porque con la conciencia de un hombre digno no se trafica.

GREGORIO.- ¿Y qué va a responderles?

DOMINICO.- (Con ferocidad.) Que soy palentino.

GINÉS.- (Tenuemente.) Espléndido..., eso es un carácter.

DOMINICO.- Sólo tengo un problema. ¿Qué hago con las veinte mil pesetas?

GINÉS.- Se lo resolverán apenas sepan que es castellano viejo.

(Como si se le ocurriese una idea luminosa.) Señor mío: usted debería aprovechar esta oportunidad para ayudar a la Sapplis.

DOMINICO.- ¿De qué modo?

GINÉS.- Podría contestar que acepta. Y dar los precios de la Sapplis, sólo que falseándolos. Nuestros competidores se confiarían y, automáticamente; serían eliminados.

DOMINICO.- (Rotundo.) No, no, de ninguna manera. (Ante un gesto de sorpresa de GINÉS.) Yo soy un hombre cabal y esos trucos no me agradan.

GREGORIO.- Naturalmente, don Ginés. Sería ponernos al nivel de esos sujetos. Por otra parte, hiere usted a don Dominico al imaginar que...

GINÉS.- No, no, Dios me libre. Mis excusas...

DOMINICO.- Mientras me dicten cómo he de devolverles el dinero, se

lo dejo en custodia, don Gregorio.

GREGORIO.- Para mí es una responsabilidad.

DOMINICO.- Ya me quedo más tranquilo, ¿Manda alguna cosa?

GINÉS.- Pues mire usted, yo...

DOMINICO.- Discúlpeme. A quien le he preguntado si mandaba algo es a mi jefe y no a usted.

GINÉS.- Ah, muy bien, muy bien.

DOMINICO.- Porque a usted a lo mejor se le ocurría otro disparate como el anterior.

GINÉS.- No, no.

GREGORIO.- (Recriminatoriamente.) Don Dominico...

DOMINICO.- Perdóneme, pero a mí este señor desde el primer momento que le vi me cayó muy mal.

GINÉS.- ¡Caramba!

DOMINICO.- O sea, que para que no haya dudas: ¿Don Gregorio, manda usted alguna cosa?

GREGORIO.- Yo no le mando nada, amigo.

DOMINICO.- Pues a sus órdenes.

GREGORIO.- Vaya usted con Dios.

DOMINICO.- (En voz baja.) Y ojo con este pájaro, que no me parece trigo limpio. Y los de Palencia sabemos muchísimo de trigo.

(Y hace mutis despotricando airadamente contra DON GINÉS FLAUTO.)

GREGORIO.- A la vista de cuanto ha sucedido, ¿sigue usted creyendo que todos los hombres se venden?

GINÉS.- Don Dominico me devuelve un poco la fe perdida en la honradez humana.

GREGORIO.- ¿Se lo imagina usted disparado como uno de los proyectiles de su batería y sacándonos en público los trapos sucios?

GINÉS.- Sí, sí, es inquietante.

GREGORIO.- (Le reacomete la furia del principio.) ¡Hay que acabar con él! Seiscientas mil pesetas... Sumas así se las pasa don Dominico por debajo del sobaco y se queda tan contento.

GINÉS.- Quizá, una cuota especial, bien estudiada...

GREGORIO.- Es inútil, no habla nuestro idioma. No pisa sobre la tierra. Aún está en la edad de las oraciones a Jesusito y de la primera Comuni6n.

GINÉS.- Un inocente es lo que es don Dominico. Nada más que eso.

GREGORIO.- ¿Y le parece poco grave la cosa?

GINÉS.- Nunca me puse a pensar...

GREGORIO.- Pues piense usted un poco en lo que se parecen estas dos palabras: inocente-impotente. Casi las mismas letras. Ningún creador de riquezas, de bienes, de empresas, puede ser inocente. Va contra natura.

GINÉS.- Es posible...

GREGORIO.- Y ojo con la inocencia, que es materia explosiva. Dios nos libre de un mundo poblado por inocentes.

GINÉS.- Sería inc6modo, ¿no?

GREGORIO.- Sería inhabitable.

GINÉS.- Pero no hay que preocuparse. Por fortuna, desde el principio de nuestra era, el destino de los inocentes ha sido siempre el mismo.

GREGORIO.- ¿Cuál?

GINÉS.- (Lapidario.) El de ser degollados. (Sibilinamente.) Y yo le juro que he de hacer cuanto pueda para que el heroico brigada Dominico Loredo no escape a su destino.

(OSCURO.)

(Bloque 12°.)

(Este bloque apoya la mutación del cuadro tercero al cuarto.)

Cuadro IV

De los telares baja un letrero con los carteles típicos del Metro que dice PUERTA DEL SOL.

DOMINICO, de abrigo y bufanda, abstraído en sus cosas, se pasea por el escenario de derecha a izquierda. Entra, sobre una carra, un vagón del Metro.

Coro.

TODAS.-¡Oh, carroza de todos, Metro urbano,
martillo del olfato y de los huesos!
¡Oh, chatarra infernal, monstruo implacable!
¡Oh, tacita de plata! ¡Oh, bombonera!

(Bloque 13°.)

Vense2 por dentro cáscaras de huevo,
colillas y palillos remordidos,
arroyuelos de pises infantiles,
engurrñados restos de diarios,

y estampados a mano en los cristales
dibujos hechos de saliva y mocos.
Por el cóncavo andén de extraños ecos,
deambula ensimismado Dominico.
En3 la triste estación, solo un cuitado,
friolero y pensativo se pasea,
en soledad a su igual. Dime, ¿en qué piensas,
contable de la Sapplis, buen amigo?
¿En qué pensáis, viajeros solitarios,
cuando os miráis de frente, vía por medio,
de diversos destinos requeridos?
Cuidado, buen amigo, ten cuidado.
Una torva y dramática conjura
en la sombra prepara sus puñales.
¿Es que no la presientes, no la palpas?
¿No te notas cercado de raposos,
de venenos, de pérfidos reptiles...?
Prepara tu defensa, ángel sin alas...
hombre sin hiel, honesto palentino...
La noche se ha cerrado y en las sombras,
sólo brilla la luz de tu inocencia.

(Se oyen las señales del Metro que se va. DOMINICO se apresura a tomarlo.)

OSCURO

Cuadro V

Un bar al aire libre

En una de las mesas, GINÉS FLAUTO. TONY entra por la derecha. Es un muchacho muy joven, de buen aspecto, que viste un jersey, lleva el pelo alborotado y mastica chicle.

TONY.- Se te saluda, jefe.

GINÉS.- Hola, Tony. ¿Quieres beber algo?

TONY.- Nada por el momento. (Se sienta con él. Como si jugase con las manos cerradas a la piedrecita.) Traigo una cosita -muy escondidita-, la adivinarás -o prenda pagarás.

GINÉS.- ¿Qué es?

TONY.- Ahí va mi información. (Saca una cuartilla del bolsillo interior de la chaqueta.) Hasta la noche de ayer se han presentado al concurso siete casas. Abiertos los pliegos con la técnica en que está especializado el que suscribe, y gracias a ciertas colaboraciones valiosísimas, hemos podido enterarnos de lo siguiente.

GINÉS.- (Le arrebató el papel.) Fibrasa a ciento cincuenta y seis, ochenta... Vaya, vaya... Saufa a doscientas una... Listos van... (Sigue leyendo para sí.)

TONY.- Tiempo tenéis para rellenar el vuestro.

GINÉS.- ¿Quién ha sido tu hada buena? ¿Alicia?

TONY.- Calla, por Dios... Alicia es una especie de Agustina de Aragón a la que no hay quien le hinque el diente.

GINÉS.- ¡Qué familia!

TONY.- Jimmy, mi colaborador, fracasó con ella. Entonces tuve que dar un paso adelante y sitiar a Julita, su compañera, que para el caso es lo mismo.

GINÉS.- Éxito, ¿no?

TONY.- Desde hace quince días, Julita me pertenece en cuerpo y alma y para mí no tiene secretos.

GINÉS.- Enhorabuena. Por cierto, ¿dónde la llevas?

TONY.- Te daré unas señitas.

GINÉS.- Porque para esto del amor apasionado, las autoridades a menos de cincuenta kilómetros del casco de la población no empiezan a abrir la mano.

TONY.- Una cosa es Madrid; otra las afueras.

GINÉS.- Oye, fíjate que a mí me salió un asunto estupendo con una argelina y tuve que dejarlo por falta de espacio vital.

TONY.- No sé lo que se proponen...

GINÉS.- (Se ríe.) Acabarán matando la afición... Entonces, Alicia, ¿Intocable?

TONY.- En toda la extensión de la palabra. Algo ha debido barruntarse de Julita... Pero eso no importa, ¿verdad?

GINÉS.- Nada en absoluto. Bueno: Operación Precios, terminada brillantemente. Vamos a la Operación Dominico.

TONY.- Entre «boquitas de azúcar» está la cosa.

GINÉS.- (Abre los ojos lleno de estupor y de alegría.)

Puntualicemos. ¿Es que Dominico es también «boquita de azúcar»?

TONY.- Yo tanto no digo. Pero lo que te aseguro es que si ha dejado la milicia, es por un lío de faldas... masculinas.

GINÉS.- A ver, a ver...

TONY.- En el cuartel del tal Dominico se descubrió una relación... sentimental entre dos reclutas. El brigada Loredó, que estaba de guardia, dio parte del incidente a la superioridad. Y, como

consecuencia, a los dos reclutas los metieron una temporadita en el calabozo. En celdas separadas, claro.

GINÉS.- ¿Eso es todo?

TONY.- Calma... Al parecer no se trataba de una simple pareja, sino de un «ménage à trois», vaya, de un triángulo.

GINÉS.- Dominicó..., ¿era el tercero?

TONY.- Calla, hombre... No... El tercero se llamaba Rogelio Olcáriz...

GINÉS.- ¿Un hijo de don Bruno, el ministro?

TONY.- Del mismo... Entonces Dominicó, al que no le constaba que el tal Rogelio Olcáriz hubiese participado (Con énfasis burlón.) en aquella orgía digna de la antigua Grecia..., omitió su nombre en el parte. Y ahí empieza todo. Hubo quienes dijeron que Dominicó tenía debilidad por el señor Olcáriz padre, o sea, por el poder y la influencia de tan ilustre personaje...

GINÉS.- Ahora comprendo por qué el ministro recomendó a don Dominicó.

TONY.- ¿Qué?

GINÉS.- Nada, sigue.

TONY.- Y otros dijeron, peor pensados, que la debilidad del brigada era por el señor Olcáriz hijo, a saber, por sus ojitos azules y sus dientes de piñón.

GINÉS.- Tony, muchacho..., esto es una maravilla...

TONY.- Sabrosillo, ¿verdad?

GINÉS.- O sea, que el tal Dominicó, por lo menos, ¿es sospechoso?

TONY.- La mayoría le defienden. Pero no han faltado quienes le giñasen el ojo, así, al pasar, tomándole por infiel y hasta hubo un alférez de las Universitarias que se permitió su poquito de cachondeo tocándole la cadera fuera de las horas de servicio. Lo cual que, visto y no visto por el brigada Loredó, cogió el tío el mosquetón del nueve que llevaba en la mano y le endiñó al tenientillo, que procedía de la Facultad de Farmacia, un culatazo del que tuvieron que curarle en el Aula Magna.

GINÉS.- (Animadísimo, trazando sus planes.) Vaya, vaya...

TONY.- Escándalo, instrucción de expediente... y el brigada Loredó que corta por lo sano y, según él asqueado, y según otros por si las moscas, pide el pase a la situación de disponible voluntario, el minirretiro, vaya. Y colorín colorado, este cuento se ha acabado.

GINÉS.- Tony de mi vida: si estos servicios que acabas de prestarnos y que son verdaderamente impagables...

TONY.- (Alarmadísimo.) ¿Impagables...?

GINÉS.- (Se ríe.) Tranquilízate, es una manera de hablar... Si estos servicios, digo, fueses capaz de completarlos con otro especialísimo que acaba de ocurrírseme y al que le estoy dando vueltas en el magín... (Se ríe con levedad, pero inconteniblemente.) te haríamos un monumento.

TONY.- Desembucha, hombre.

GINÉS.- Necesito consultarlo antes. (Le examina.) Tú estarías que ni hecho a la medida. (Sigue mirándole en silencio, con una sonrisa enigmática. Se interrumpe.) Calla, don Dominicó aquí...

TONY.- (Con viva curiosidad.) ¿Quién es?

GINÉS.- Mejor que no nos vea juntos. Procura, por si acaso, que no se te despinte.

(TONY se levanta y sale de la escena. A los pocos segundos, por la lateral izquierda, entra DOMINICO, que va a pasar de largo sin reparar en GINÉS, hasta que éste le llama la atención.)

¡Don Dominico! ¡Dios le guarde! ¿De dónde vienen los artilleros simpáticos?

DOMINICO.- Del Metro, señor Flauto.

GINÉS.- Dígame, ¿sigue decidido a dar guerra en la Sapplis?

DOMINICO.- Sigo decidido, sencillamente, a informar a la junta de Accionistas.

GINÉS.- ¿Y no teme usted ninguna represalia?

DOMINICO.- Mi vida es clara como el cristal.

GINÉS.- Nada más fácil de manchar que el cristal, amigo Dominico.

DOMINICO.- ¿Con qué me amenaza?

GINÉS.- Le prevengo, lo cual es diferente. La Sapplis es muy poderosa y tener escrúpulos es achaque de débiles.

DOMINICO.- Un hombre limpio de corazón es más fuerte que una batería del diez y medio.

GINÉS.- Bien, bien... En fin, si es que oye voces, como Juana de Arco, y se cree elegido por Dios y con una misión que cumplir, allá usted.

DOMINICO.- Conforme, señor Flauto.

GINÉS.- (Se decide.) Un momento, una última pregunta. ¿Quién movió al ministro de Abastecimientos a recomendarle para su ingreso en la Sapplis?

DOMINICO.- Mi sobrina Alicia, a la que el señor ministro quiere mucho.

GINÉS.- Esos cariños de los jefes a sus secretarias hacen milagros.

DOMINICO.- En la Sapplis, puede. En la Dirección de Industrias Textiles, menos.

GINÉS.- Muy bien, muy bien. Pero escúcheme, ¿no habrá influido en su nombramiento, por ejemplo, el señor Olcáriz... hijo?

DOMINICO.- Le parto la cara si continúa por ese camino.

GINÉS.- Tranquilo, tranquilo... En seguida me salgo de él.

DOMINICO.- Buenas tardes.

(Despotrica de nuevo contra DON GINÉS y hace mutis por la derecha.)

GINÉS.- Encantado de oírle. (Apenas vio marchar a DOMINICO.)

¡Tony!

TONY.- Mándeme, jefe.

GINÉS.- Eres muy curioso y te mueres por saber en qué consiste ese servicio de que te hablaba.

TONY.- Sí, señor.

GINÉS.- Te haré el «trailer», como en las películas. Vamos a ver,

¿estarías dispuesto a lo siguiente...?

OSCURO

Cuadro VI

La oficina.

GINÉS entra por la derecha en el despacho de DON GREGORIO.

GINÉS.- Don Gregorio: hace un momento le abracé a usted por teléfono. Ahora lo hago personalmente...

GREGORIO.- Gracias.

GINÉS.- ¡Qué éxito! «Orden adjudicando a la Sapplis la confección de un millón de mantas...» Me relamía los dedos leyéndolo.

GREGORIO.- Lo prometido es deuda. Su cheque.

GINÉS.- Gracias, don Gregorio. Pero ahí no ha incluido lo de la «Operación boquita de azúcar».

GREGORIO.- Espere a que se consume. Aún está en el aire.

GINÉS.- Quizá no lo esté dentro de una hora.

GREGORIO.- Lo celebraría, palabra. Por cierto, ¿no le hará ningún extraño el tal Tony en el último momento?

GINÉS.- Tranquilo. Cobró quince mil pesetas antes y cobrará quince mil... después. Oígame... (Se ríe.) hasta hemos ensayado.

GREGORIO.- ¿Qué me dice?

GINÉS.- Sí, sí... Era lo mejor. No se podía dejar nada confiado al azar ni a la improvisación. Y ayer lo preparamos todo. (Vuelve a reírse.)

GREGORIO.- Oígame: por cierto, Tony no le basta; necesita alguien más.

GINÉS.- ¿Cómo iba a haberlo olvidado? Naturalmente, tengo un testigo.

GREGORIO.- ¿Qué le escapará a usted?

GINÉS.- Y convincentísimo. ¡Peina canas!

GREGORIO.- Muy bien. Y dice usted que quizá antes de una hora...

GINÉS.- Es lo más probable. Si mis cálculos no fallan.

GREGORIO.- Hoy será decisivo. Unos días de detención no se los quita nadie. Pasado mañana es la junta General. Hay que impedirle que asista a toda costa. Darle su merecido y reducirle al silencio.

¡Qué «bella combinazione»!

GINÉS.- Picará como un ingenuo, ya verá.

GREGORIO.- Qué es lo que es... Más que ingenuo, es un gran tonto, un inmenso tonto que no pisa sobre la tierra, que pretende imponer su idioma al nuestro y que nos oye y no nos entiende.

GINÉS.- Por cierto, que a Tony le hubiera ilusionado conocerle a usted. Le habría levantado la moral.

GREGORIO.- Lo que hay que hacer es rebajársela.

GINÉS.- Acabará pidiéndonos un regalito complementario. Dice que con todo esto se resentirá su buena fama.

GREGORIO.- Se equivoca. Lo que le va a pasar a él le puede pasar a todo el mundo, me podría pasar a mí... (Se ríe.) si tuviera sus años. ¿Verdad, Flauto?

GINÉS.- Tal y como están los tiempos... aún con los que tiene.

(El timbre del teléfono interrumpe sus risas.)

GREGORIO.- ¿Quién es? Sí, aquí está. Flauto, a usted le llaman.

GINÉS.- Buena señal. (Al teléfono.) Dígame. Sí, soy yo. Perfecto. Avíseme en seguida. Suerte. (Cuelga.) El heroico brigada está entrando en este instante en el Cine Miami.

(Por el patio de butacas entra DOMINICO, precedido de un acomodador con la linterna encendida que le sitúa en la butaca de pasillo que hay vacía. El TESTIGO, hombre de aire respetable -¿pelo blanco? ¿barba?- entra también con DOMINICO y va a sentarse detrás de DOMINICO.)

DOMINICO.- ¿Empezó hace mucho la película? ¿Cómo dice? ¿Que si llego un segundo antes veo el león? (DOMINICO se ríe y le entrega una propina.) Me alegro.

(El acomodador se va.)

GREGORIO.- ¿Qué dan en el Miami?

GINÉS.- Una película de guerra. Don Dominicó se creará de maniobras con su regimiento. En todo caso, usted sabe que se necesita un estímulo muy pequeño para ir al cine. Al teatro, es distinto. La gente reflexiona, se aconseja, duda. Oiga usted decir de una comedia: «Es buenísima, pero hay una escena, la del jardín, que no me gusta» y se vacía el teatro. Oiga, en cambio, de una película: «Es espantosa, pero hay una escena, la del jardín, que es una maravilla» y se llena el cine.

GREGORIO.- Habla usted como si le doliesen esas injusticias del público.

GINÉS.- Fui novio una temporada de una actriz, e hice causa común con ella.

(DON GREGORIO se ríe. SARA entra por la derecha, cuelga su abrigo en el perchero y se dirige a su mesa, en la que busca unas cartas con las que, en su momento, se presentará en el despacho de DON GREGORIO. En este instante, TONY, precedido del mismo acomodador, aparece en el patio de butacas.)

TONY.- (Se dirige a la butaca vacía que hay junto a DOMINICO.) Aquí mismo me quedo. (TONY le da una propina al acomodador y se instala en ella.) Dispense...

(Se excusa de molestarle al pasar delante de él. SARA entra en el despacho de DON GREGORIO.)

GREGORIO.- ¿Qué sucede?

SARA.- Es una duda que tengo sobre la carta que me dictó esta mañana para Manufacturas de la América Central. Méjico, ¿se escribe con jota o con equis?

GREGORIO.- Martes, jueves y sábados, con equis; lunes; miércoles y viernes, con jota.

SARA.- ¿Y los domingos?

GREGORIO.- (Le entrega las llaves del harem.) Los domingos no se escribe a Méjico. Oigame, señorita..., mañana llame a nuestro representante en Barcelona. Su teléfono es el novecientos treinta y dos millones doscientos ochenta y cuatro seiscientos veintisiete.

(SARA vuelve a su mesa. GREGORIO enciende un solemne cigarro.)

TONY.- (Se pone de pie. Con violencia.) ¡Degenerado! ¡Degenerado!

DOMINICO.- (Sin comprender lo que sucede.) ¿Cómo? ¿Cómo?

TONY.- ¡He dicho que es usted un degenerado!

DOMINICO.- ¡Usted me está insultando!

(Se hace la luz en la sala.)

TONY.- Naturalmente que sí. Y más que eso: ¡Voy a denunciarle a usted!

DOMINICO.- ¿A mí? ¿Y por qué?

TONY.- ¡Usted lo sabe muy bien!

DOMINICO.- ¿Yo?

TESTIGO.- Tiene usted razón, caballero. Yo lo he visto.

TONY.- ¡Ah! ¿Le ha visto usted?

TESTIGO.- Sí, señor. Y hace muy bien en denunciarle. Hay que acabar con esta gente.

DOMINICO.- ¡Usted no sabe con quién está hablando!

TESTIGO.- Sea usted quien sea, este señor tiene motivos para llamarle degenerado.

UNA VOZ.- (Desde el anfiteatro. Con un cómico afeminamiento.)

¡Huy... boquita de azúcar!

DOMINICO.- (Se vuelve irritado.) ¡Salga a la calle, si es usted hombre!

OTRA VOZ.- ¡Ay, columna de alabastro!

DOMINICO.- (A TONY.) Y a usted le voy a meter seis tiros en la barriga.

TONY.- Si le dejan en la Comisaría.

(Llega el AGENTE DE SERVICIO, que le muestra las insignias de su cargo.)

AGENTE.- Síganme, hagan el favor.

DOMINICO.- Naturalmente que sí.

TONY.- (Al TESTIGO.) Dígame, caballero. ¿Tiene inconveniente en acompañarme?

TESTIGO.- No, señor. Lo considero un deber de ciudadanía.

TONY.- Se lo agradezco.

AGENTE.- Venga, venga... Basta de escándalo.

(Todos inician el mutis por la salida del patio de butacas. La sala vuelve a apagarse. En la escena suena el teléfono.)

GINÉS.- Diga... Sí, soy yo. Enhorabuena de antemano.

(Cuelga. Sin pronunciar una sola palabra le hace esa seña que consiste en unir formando círculo el pulgar y el índice de la mano derecha y cimbrearlo en el aire para dar a entender que algo ha salido redondo.)

GREGORIO.- ¿Sí?

GINÉS.- Sí. Todo está a punto de caramelo. Tiempo bonancible para la junta General.

GREGORIO.- ¡Estupendo!

(Se abrazan efusivamente. Las muchachas del Coro cierran la escena con una cortina.)

(Coro.)

TODAS.-

Ya la tierra y el cielo de consuno,

tus bodas acordaron, Dominico,
con la enlutada y pálida desgracia,
oh, pobre amigo nuestro. Ya tu nombre
se guarda en los archivos tenebrosos
en que, inscritos por orden alfabético,
bajo la guardia de hoscos polizontes,
están, los invertidos, los hetairas,
los gigolós, las dueñas de prostíbulos
y algunos anarquistas excitables.

MUCHACHA 2ª.-

Al hecho dedicaron los diarios.

MUCHACHA 3ª.-

-Y el, YA con iniciales solamente

MUCHACHA 2ª.-

unas líneas muy breves.

MUCHACHA 1ª.-

Pero El Caso,
cuatro columnas dedicó y dos fotos
a informarnos con pelos y señales
de tan triste odisea. Desde entonces,
nadie ignora en el cien de Leganitos
que uno de sus vecinos más notorios
es «boquita de azúcar» y denigra
calle tan mesocrática y honesta,
de la que nunca nadie, hasta el presente,
tuvo que decir nada en menosprecio.
Quisieron deshonorarte, Dominico,
para embotar la fuerza de tus armas.
Hacer una verbena de la Junta
y tu voz apagar entre cerrojos.
A los hados pedimos que fracasen,
y que el noble fulgor de tu inocencia
en la hora crucial de Asuntos Varios,
sobre el engaño y la malicia triunfe.

(El Coro desaparece por los laterales.)

Cuadro VII

GINÉS y DON GREGORIO aparecen en el extremo izquierdo del escenario, delante de las cortinas. DON GREGORIO está de espaldas al público.

GREGORIO.- (Mira de soslayo.) ¿Quién hay?

GINÉS.- Veo mucho accionista en calderilla.

GREGORIO.- ¿Gente conocida?

GINÉS.- Las dos hermanas Ramírez; más viejas que nunca.

GREGORIO.- Por ahí no hay peligro.

GINÉS.- El elocuente ex gobernador de Murcia.

GREGORIO.- Discurso habemos. ¿Qué sabe del heroico brigada?

GINÉS.- Continúa detenido. Hasta el viernes calculo que podemos estar tranquilos.

GREGORIO.- Dios le oiga. Y cuidado. Si alguien dijese que se diera la Memoria por leída...

GINÉS.- Es poco probable.

GREGORIO.- Huy, huy... ¿No ha visto usted al torerillo que pide cambio de tercio porque teme que le falte toro al final? Pues quizá algún accionista dispuesto a intervenir trate de que no le cansen a los oyentes.

GINÉS.- De acuerdo. Se leerá la Memoria.

GREGORIO.- Dura muchísimo. Quita tiempo al debate y predispone al sueño. Por cierto, convendría que el secretario la leyese con la mayor monotonía posible.

GINÉS.- Es innecesario estimularle.

GREGORIO.- Veo al marqués de Bonafide.

GINÉS.- Inofensivo. Se limitará a lucirse pidiendo que se guarde un minuto de silencio por los accionistas muertos en el año.

GREGORIO.- Le complaceremos.

GINÉS.- A propósito, el minuto déjelo reducido a treinta segundos.

GREGORIO.- En eso estoy. Es mi tipo habitual de descuento.

GINÉS.- ¿Otras instrucciones?

GREGORIO.- Si ha lugar, convendría que alguien me preguntase si estoy enterado de la crisis del algodón en Singapur. Se trata de que yo suelte una empollación que traigo preparada.

GINÉS.- La soltará. Si ha lugar, claro...

GREGORIO.- Bien. Son las diez y media. ¿Los otros consejeros...?

GINÉS.- Esperándole.

GREGORIO.- Entonces, vamos. (Entre bastidores.) Toquen los timbres.

(DON GREGORIO es obedecido y suenan los timbres, una sola vez, pero largamente. Se enciende la sala.)

GINÉS.- ¿Le preocupa esta junta?

GREGORIO.- No. Pero no me coge de buen temple.

GINÉS.- Tranquilo. En este cine las cosas nos salen siempre a pedir de boca.

GREGORIO.- Pues adelante.

(Mutis de GINÉS, que procurará llegar a la sala lo antes posible, en donde, a falta de mejor lugar, los acomodadores le sentarán en una silla en el pasillo central. En los laterales se encontrarán el TESTIGO y el POLICÍA, ambos de pie si es menester. Al descorrerse la cortina vemos una mesa, cuyo asiento principal ocupa DON DOMINICO, acompañado de cuatro consejeros. Son las muchachas del Coro las que desempeñan esos papeles, cubiertas por unas máscaras de caballeros señoriales y estirados. En una mesita contigua -vaso y jarra- está el SECRETARIO de la Sapplis. GREGORIO toca la campanilla.)

Señores accionistas: se abre la sesión. El señor Secretario leerá la Memoria correspondiente al ejercicio anterior.

(El SECRETARIO, sentado en la extrema izquierda, con un mazo impresionante de folios en la mano, se pone de pie.)

SECRETARIO.- (Con una voz oscura y aburrida.) Señores accionistas: el Consejo que firma esta Memoria se dirige a la gran familia de la Sapplis con el sentimiento del deber cumplido...

(La conversación de las señoras DE RAMÍREZ, grabada en cinta magnetofónica, se oye por medio de un altavoz situado a la derecha en el patio de butacas. Puesto que es probable que nadie tenga empeño especial alguno en saber lo que dice la Memoria, la ingrata voz del SECRETARIO se apianará lo preciso para que la de las señoras RAMÍREZ se oiga con nitidez.)

SEÑORA 1ª.- (Cuchichea.) Oye, yo encuentro al presidente de peor cara que el año pasado.

SEÑORA 2ª.- Este es muy poquita cosa. El que es guapísimo es el del Banco Riojano. Y además, qué voz, es una melodía.

SEÑORA 1ª.- Yo hoy apenas si me moveré de este cine. Ya tengo entradas para una película que me han dicho que es buenísima, de Antonioni.

SEÑORA 2ª.- ¿Del bailarín?

SEÑORA 1ª.- No, de un italiano que se llama casi lo mismo.

SEÑORA 2ª.- Yo también vengo mucho por aquí. La otra tarde estuve cuando lo del escándalo.

SEÑORA 1ª.- ¿Qué escándalo?

SEÑORA 2ª.- Cogieron a uno de éstos que hacen que nos quedemos tantas mujeres solteras.

SEÑORA 1ª.- Deberían matarlos a todos. ¿Y del dividendo qué?

SEÑORA 2ª.- Ah, del dividendo...

SECRETARIO.- Aprovechemos esta oportunidad para expresar nuestra adhesión a los altos organismos oficiales de los que dependemos y que a lo largo de este año...

(La conversación salta ahora al altavoz de la izquierda.)

SEÑOR 1º.- Y usted qué cree, ¿habrá crisis?

SEÑOR 2º.- Mi impresión es que se aplaza.

SEÑOR 1º.- ¿Sabe de quién se habla para justicia? De Gómez Bayton.

SEÑOR 2º.- El que habla es Gómez Bayton, pero sólo él.

SEÑOR 1º.- Pues yo le aseguro que Gómez Bayton haría cosas.

SEÑOR 2º.- Si son como las que acostumbra a hacer, vamos listos.

SEÑOR 1º.- ¿Y el dividendo, qué?

SEÑOR 2º.- Ah, del dividendo...

SECRETARIO.- (Con un inesperado énfasis.) Sólo queda al Consejo, antes de concluir esta Memoria, afirmar su fe en los destinos de la Sapplis, nuestra amada Sociedad Anónima de Productos Plásticos Industriales y Sintéticos.

(Tanto las conversaciones de los SEÑORES como las de las SEÑORAS, tienen por única finalidad la de dar a entender que siendo la Memoria larga y fatigosa hay que relevar de oírla a los espectadores. Sin embargo, por si la realización de esos efectos presentara algunas dificultades materiales, podría sustituirse con un galimatías cualquiera que recogiese la cinta magnetofónica en los intersticios de los tres párrafos encomendados al SECRETARIO y que éste fingiría leer con mucha rapidez. En ese caso, es conveniente que tanto el texto de la Memoria como los galimatías fuesen grabados y que el actor a cuyo cargo corre el papel de SECRETARIO se limite a poner los ademanes y no su viva voz. Así, dicho sea de paso, se ha hecho en la versión del estreno.)

GINÉS.- Felicito al señor presidente por la Memoria que acaba de leer y propongo a la junta un voto de gracias para el Consejo.

(Nuevos aplausos.)

DOMINICO.- (Entra en tromba por el patio de butacas. Trae el abrigo echado al hombro. Apocalíptico.) ¡Yo me opongo a ese voto de gracias! ¡Un voto de censura, eso es lo que se merece el Consejo!

(Rumores.)

¡Su actuación ha convertido a la Sapplis en una sociedad al margen de la ley!

(Grandes rumores.)

GINÉS.- Pido la palabra, señor presidente. Este señor se llama Dominico Loredo. ¿No es, así?

DOMINICO.- Así es.

GINÉS.- Y si no me equivoco, ha sido empleado de la Sapplis hasta hace pocos días.

GREGORIO.- Sí, señor.

GINÉS.- Me pregunto a mí mismo si no es el despecho lo que le induce a pronunciarse contra quienes le han despedido sin duda alguna justamente.

DOMINICO.- Ni me han despedido ni es el despecho lo que me lleva a proponer un voto de censura...

GINÉS.- Déjeme seguir. En algún periódico leí que en este mismo cine había sido detenido por graves atentados contra la moral en la persona de un pobre estudiantillo de Ciencias un tal Loredo. ¿Tiene usted algún parentesco con ése señor Loredo?

DOMINICO.- Soy yo mismo, víctima de una maniobra que descubriré muy pronto y de la que tal vez los directivos de la Sapplis sepan algo.

GREGORIO.- ¡Mida sus palabras, señor mío, si no quiere que le cuesten caras!

TESTIGO.- ¡Nada de maniobras! Yo lo vi todo y declaré a favor del estudiante en el despacho del señor comisario.

GINÉS.- Siendo así, ¿con qué autoridad se atreve a acusar a nadie de faltar a la ley quien llega a esta junta recién salido de los calabozos de la Dirección General de Seguridad?

ROSA.- (Habla desde el centro del balcón del primer piso, y si no lo hay, desde donde sea mejor vista por la mayoría de los espectadores. Está con las mangas subidas hasta el codo y apoya sobre la barandilla el cubo de agua y la bayeta.) ¡Don Dominico no es maricón!

(Rumores, voces que no se distinguen, confusión.)

GREGORIO.- ¡Orden, señores, orden!

ROSA.- Aunque lo digan los papeles, mienten. Dominico es muy hombre. ¡Si lo sabré yo!

GREGORIO.- Señora, ¿es usted accionista?

ROSA.- Anda leñe..., qué pregunta tan graciosa. Si soy accionista yo... ¿Tengo cara de serlo?

GREGORIO.- Pues entonces, haga el favor de abandonar el local.

ROSA.- Sí, señor, apenas lo friegue.

(El POLICÍA se le acerca.)

POLICÍA.- Señora, cálese. Salga de aquí.

ROSA.- Bueno..., si me obligan... Lávense un poco... Agua va. (Y finge vaciar el cubo sobre los espectadores de butacas.) Pero repito que Dominico no es...

POLICÍA.- Ya lo hemos oído.

DOMINICO.- ¡No! ¡Claro que no lo soy! Ya se aclarará eso. Pero aunque lo fuese...

ROSA.- (Desde el pasillo.) ¡Quiero verte, Dominico!

DOMINICO.- ¿...dejaría de tener razón en lo que digo? ¡No! Soy brigada de la Segunda Batería del Tercer Grupo del Primer Regimiento de Artillería ligera, en situación de disponible voluntario, y he sido empleado de contabilidad de la Sapplis, y sé por eso que están al margen de la ley,

(Rumores.)

En la Sapplis se llevan tres contabilidades.

GREGORIO.- ¡Falso!

(Estas últimas frases se entrecruzan sobre los rumores cada vez mas vivos de los asistentes a la junta.)

DOMINICO.- ¡Importación de algodón de Singapur! Yo traigo aquí los datos. Primera contabilidad: Beneficio, pesetas dos millones seiscientas cincuenta y cuatro mil. Segunda contabilidad: Beneficio, pesetas, ochocientas, sesenta y tres mil. Tercera contabilidad: Pérdida, pesetas doce mil quinientas ocho.

GREGORIO.- ¡Falso! Voy a anticipar en unos minutos la cuantía de los dividendos que el Consejo ha acordado repartir. No es el escuálido cuatro, ni el clásico cinco, ni el estimulante seis, ni el respetable siete, ni el redondo ocho, ni el sabroso nueve, ni el fascinante diez, ni el insólito once, ni el succulento doce... ¡Ni el trece! No, no. La Sapplis distribuye un sensacional catorce por ciento. ¿Creen que queda margen para hacer juegos malabares con las cifras, a base de dar un dividendo así? Pues bien, para desarmar a los que nos calumnian, y aunque eso suponga un esfuerzo grave, yo me permito proponer a nuestros compañeros del Consejo, los que llevan conmigo la responsabilidad de conducir a buen puerto (perdonadme la audacia de la imagen) a la nave de la Sapplis, que en lugar del catorce se pague el nunca visto dieciséis por ciento.

(Estalla una enorme ovación.)

DOMINICO.- (Consigue hacerse oír con cierta dificultad.) ¡Os tapan la boca con unas pesetas! ¡Qué barato es sobornaros! ¡Seréis

todos unos delincuentes si os calláis! El concurso del millón de mantas se ha ganado violando la correspondencia.

TESTIGO.- No nos venga con historias. ¡Se ha ganado!

DOMINICO.- Y el dieciséis por ciento sale de sustraer al Estado la parte de impuestos que le corresponde: Vosotros no sabíais nada de eso y no teníais, por tanto, ninguna responsabilidad; pero ahora ya lo sabéis, y sólo hay un camino para quedar en paz con vuestra conciencia, que es el voto de censura. Un voto de censura contra el Consejo de Administración de la Sapplis.

VOCES.- ¡Fuera, fuera!

DOMINICO.- ¿No estáis conformes con lo que os propongo? ¡Pues entonces, yo, en nombre de la única acción que poseo, propongo un voto de censura contra la junta General!

GREGORIO.- ¡Basta ya de mítines, señor Loredó! El concurso del millón de mantas se ha ganado, sencillamente, porque nuestros precios son inferiores a los de la competencia y nuestros artículos superiores. La afición al cine le pierde y sueña siempre con películas de espionaje. Por otra parte, usted conoce bien mi opinión sobre el Estado y por qué me considero en paz con él. El Estado nos dice que nuestro deber es el de pagar los impuestos. ¿Y él? ¿Es que él cumple el suyo? Nos promete carreteras y nos da unas pistas polvorientas; nos promete viviendas...

DOMINICO.- Ya lo sé... Y nos da chabolas; escuelas y nos da pizarras; teléfonos y nos da bocinas. Pero el Estado del que usted habla no está en la carretera con baches, ni en el teléfono, afónico o tartamudo, sino en cada uno de los que vivimos desde Cádiz a San Sebastián, pasando por Badajoz y por Barcelona. El Estado somos este señor, y ese otro, y el de más allá, y el taxista, y el juez, y los sargentos de mi Batería, y el ciego que vende los veinte iguales y las mujeres de la limpieza. ¡Y usted, señor director, nos burla a todos!

GREGORIO.- Yo no me burlo de nadie.

DOMINICO.- Más bien, señor director, usted nos defrauda.

GREGORIO.- ¡No le tolero esa manera de hablar!

DOMINICO.- Peor todavía: nos roba.

GREGORIO.- Eso es una injuria. ¡Señor comisario! ¡Señor comisario! Este señor... me está... injurian...

(DON GREGORIO se lleva la mano al corazón y se desploma sobre la mesa con los brazos colgantes, como un muñeco de guiñol, de cara al público. GINÉS FLAUTO y el POLICÍA abandonan la sala camino del escenario, al que llegarán con la mayor rapidez posible. Las muchachas del Coro se quitan las caretas instantáneamente.)

(Coro.)

TODAS.-

¡Oh, infarto de miocardio, guillotina del rico,
huésped fiel de la Bolsa y del tapete verde,
colofón de la ira, usura de las venas,
del celofán que envuelve al corazón carcoma...!

(GINÉS llega al escenario y trata de ayudar a DON GREGORIO. Ahora se cierran las cortinas. El Coro sigue su recitado frente al pasillo.)

MUCHACHA 3ª.-

También tiene la gente del pueblo sus infartos,
pero en donde cosecha sus espigas más altas
siempre es entre las listas de las primeras cuotas,
de los grandes magnates que cobran gruesas rentas
y que viven pendientes del télex y del cable.

TODAS.-

Oh, infarto de miocardio, sumaria muerte amiga...
Alabemos la urgencia de tu espada de llamas
que con su filo corta los pulsos fatigados.
Alcancia del llanto, del dolor, de la sangre.
Tic tac, blanco suspiro, relámpago sin trueno...
Oh, infarto de miocardio, mágico fin del hombre.

GINÉS.- (Entreabre las cortinas y se dirige a los espectadores.)

Por favor, ¿hay un médico en la sala?

TESTIGO.- Propongo un voto de censura para el señor Loredó. ¡Fuera, fuera!

VOCES.- ¡Fuera, fuera, fuera!

GINÉS.- ¡Fuera!

(DOMINICO abre los brazos desalentadamente, y perseguido por las increpaciones de los accionistas, abandona la sala, mientras ésta vuelve a quedar a oscuras.)

Cuadro VIII

El Metro, segunda vez.

DOMINICO entra por la izquierda abrumado, vencido, y se queda a poca distancia, absorto en sus pensamientos, bajo la obsesión de una idea fija que le amenaza, que se va apoderando de él y que quién sabe si no acabará empujándole a un final trágico. La voz del Coro sonará ahora tenuemente, emparejada con el rumor, al principio muy borroso y lejano, del tren, que poco a poco se irá acercando.

Coro.

TODAS.-

¡Oh, Metro urbano, oh, Metro, guillotina del pobre...!
Sirena, pozo abierto, suicidio de a peseta...
¿Qué oscura sombra cruza, Dominico, tu mente,
mientras tiemblan los rieles y el convoy se aproxima
en su nube de ruidos? La Muerte, ¿no te asusta?
¿La Vida te parece una máscara inútil?
¿Vas a lanzarte, acaso, como un perro a su amo
en las dentadas ruedas del tren que se avecina?
¿Tus vértebras de calcio, tu frágil esqueleto,
vas a oponer al suyo de hierros de Altos Hornos?
Quiera el cielo mandarte la voz liberadora
de esa amarga y sombría tentación que te roe.
La voz que abra tu vida cuando acabarla quieres,
a un horizonte nuevo de paz y de esperanza.

(El ruido del Metro adquiere su máxima intensidad. El espectador deberá tener la conciencia de que DOMINICO se dispone a concluir sus días. Está en el centro de la escena, se ha aflojado el cuello de la camisa, que parece oprimirle, y ahora se retuerce las manos, sufriendo visiblemente. Entonces en el momento en que se supone que el tren llega a la Puerta del Sol, y cuando DOMINICO abre los brazos Y parece dispuesto a lanzarse a la vía, ROSA se presenta en el lateral izquierda.)

ROSA.- (Algo intuye que da a su llamada un punto de angustia y dramatismo.) ¡Dominico!

DOMINICO.- (Desesperadamente.) ¡Rosa!

(El Metro se ha parado.)

ROSA.- (En distinto tono, como a un niño pequeño, reprobatoriamente.) Dominico...

DOMINICO.- ¡Estoy muy solo, Rosa!

ROSA.- ¿Qué haces ahí? ¿Adónde vas?

(El Metro, seguramente, ha tomado su carga de viajeros. Suena el silbato del jefe de estación y arranca en seguida. Su fragor, en el sentido de derecha a izquierda, irá desvaneciéndose poco a poco. ROSA ha cruzado de un lado a otro y se acerca a DOMINICO.)

¿Qué te pasa? Pero si sudas... Con el frío que hace.

DOMINICO.- Estoy muy solo, Rosa...

ROSA.- Todos los buenos estáis solos porque sois pocos. Mi tía Rosenda decía que un hombre bueno era como una isla. Pero, ¿no te habrás dejado achicar, supongo? Son unos sucios. Un acomodador del Miami me lo contó todo... ¿Qué edad tienes, Dominico?

DOMINICO.- Cuarenta y nueve cumpliría en octubre.

ROSA.- Pues yo te digo que lo que tú hiciste conmigo la tarde del cinturón no lo hace ningún niño con veinticinco de los de hoy.

DOMINICO.- (Sonríe levemente.) Rosa...

ROSA.- Tengo que darte una noticia. Mandé a don Roberto Ontañón a freír espárragos. Yo, aunque no soy tan buena como tú, estoy sola también..., y seríamos unos tontos si no lo remediásemos acompañándonos.

DOMINICO.- Rosa...

ROSA.- (Le imita cariñosamente.) Rosa, Rosa... Pareces un corderito.

DOMINICO.- La codicia ciega a los hombres, los corrompe... Vivimos en un mundo impuro.

ROSA.- Vaya novedad.

DOMINICO.- Y yo he soñado con un mundo reluciente, como el ánima de un cañón..., que no existe. Me han hundido.

ROSA.- Yo te pondré en pie. Hale, hombre de Dios.

(Y los dos se echan a andar por la lateral izquierda.)

(Coro.)

TODAS.-

No importa que el fracaso con su cuchilla corte nuestros sueños,

no importa que el perverso al inocente humille y lo aniquile.

Aunque la escoria triunfe y la nieve viole inmaculada,

(Bloque 14°.)

cantemos la pureza, la transparente y cálida pureza,
el angélico punto de partida del hombre en su camino...
Que al fin es la pureza orgullo y resplandor del
Universo,
el ala que lo mueve por los anchos espacios siderales...
4

(Cuando el Coro, que habrá recitado estos versos con patetismo,
cese, ROSA se habrá llevado por el lateral izquierda a DOMINICO,
prendido del brazo. Y lentamente caerá el)

TELÓN

2006 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

[Facilitado por la Biblioteca Virtual Miguel de Cervantes](#)

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la
[Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite
el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario



editorial del cardo